

VALVANERA
IMAGEN Y SANTUARIO

oooooooo

ESTUDIO HISTÓRICO

POR EL

Ilmo. y Rdmo. P. Fr. Toribio Minguella y Arnedo

DE LA ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS

OBISPO TITULAR DE BASILINÓPOLIS

(DIMISIONARIO DE SIGÜENZA)

C. DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.




MADRID

HIJOS DE GREGORIO DEL AMO

Paz, 6.

1919

 Biblioteca de La Rioja

NO SE PRESTA

LECTURA EN

SALA

200757

R
12677

VALVANERA
ESTUDIO HISTÓRICO

VALVANERA

IMAGEN Y SANTUARIO

oooooooo

ESTUDIO HISTÓRICO

POR EL

Ilmo. y Rdmo. P. Fr. Toribio Minguella y Arnedo

DE LA ORDEN DE AGUSTINOS RECOLETOS

OBISPO TITULAR DE BASILINÓPOLIS

(DIMISIONARIO DE SIGÜENZA)

C. DE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.



Gobierno
de La Rioja

Desarrollo Económico
e Innovación

Dirección General de
Cultura y Turismo

Biblioteca de La Rioja

MADRID

HIJOS DE GREGORIO DEL AMO

Paz, 8.

1919

R. 277. 101

PRELIMINAR

EN los años de 1879 a 1882 estuve con cargo de Rector al frente de nuestro Colegio de San Millán de la Cogolla, donde los Agustinos Recoletos, misioneros de Filipinas, a moción por cierto del General D. Domingo Moriones, nos habíamos instalado poco antes. Fué para mí una dicha que durante mi rectorado se hallasen los archivos de los célebres monasterios Benedictinos de San Millán y de Valvanera. Aficionado a la historia, estudié los documentos encontrados, y fruto de mis investigaciones fué el librito *San Millán de la Cogolla*, publicado en 1883. Tomé entonces algunas notas acerca de Valvanera con intención de coordinarlas luego y escribir una historia del Santuario y Monasterio. Vinieron otras ocupaciones y circunstancias, y los apuntes durmieron, como se dice, el sueño de los justos, quedando en proyecto los buenos deseos.

Ahora que por achaques de la edad estoy retirado en este Colegio de Marcilla, me ha ocurrido aprovechar aquellas notas y hacer, no una historia, trabajo superior a mis fuerzas, sino un breve estudio histórico que sirva como de intro-

ducción a la todavía inédita *Historia latina*, que, traducida del castellano, se escribió el año 1419.

El Señor, que humilla y ensalza, permitió que las Ordenes religiosas sufrieran en España, durante la primera mitad del siglo XIX, abatimientos tales de los que era humanamente imposible haberse levantado. La invasión napoleónica de 1808, la dominación liberal del año 20 y la total exclaustación del 35, parecían haber extinguido hasta el nombre de conventos y frailes, sin que apenas quedase esperanza alguna de restablecimiento.

El monasterio de Valvanera quedó desierto, sin que fuese respetado el Santuario donde por espacio de tantos siglos había tenido su trono la venerada Reina de la Rioja. Muy pronto fueron convertidos en ruinas la iglesia y el convento con todas sus dependencias. Los moradores del cristiano pueblo de Brieva salvaron la Imagen, llevándola a su Parroquia y dándole allí esmerado culto. En el Diccionario geográfico de la Rioja terminaba su autor D. Angel Casimiro de Govantes el artículo *Valvanera* con estas palabras: «Dentro de pocos años, apenas quedará memoria.»

Esto era en 1846; y el elocuente orador sagrado D. Cástor Campaña decía predicando a la Congregación de Riojanos, en la iglesia de San Ginés, de Madrid, el año 1855: «¡Viajeros religiosos, almas sensibles, no vayáis a Valvanera, no vayáis a Valvanera, que no está ya allí el objeto que buscáis, ni el anciano anacoreta que cuidaba de la lámpara, y que adornaba el altar con frescas y lozanas flores, salpicadas todavía con

el rocío de la mañana! ¡Viajeros religiosos, almas sensibles, no vayáis a Valvanera; la campana que llamaba a la oración ha enmudecido, y a sus vibrantes ecos ha sucedido un silencio sepulcral o los siniestros graznidos de las aves de rapaña que buscan su presa! ¡Viajeros religiosos, almas sensibles, no vayáis a Valvanera, que no está allí ya el objeto que buscáis, que no está allí ya la Virgen de la Montaña!»

En 1886 refería esas mismas palabras, en la misma iglesia y ante la misma Congregación, otro orador menos elocuente, y añadía: «¡Viajeros religiosos, almas sensibles, id a Valvanera, id a Valvanera, que allí está otra vez el encanto de nuestros corazones, la vida de nuestras almas; allí están de nuevo los hijos de San Benito, cuidando de las lámparas que arden ante la venerada imagen, y adornando el altar de nuestra Reina con las sencillas y hermosas flores de los campos! Id a Valvanera, porque la voz sonora de la campana, repercutiendo en aquellos montes, lleva consuelos y esperanzas al corazón de todos. Id a Valvanera, id a Valvanera, porque allí se ostenta de nuevo, en toda su radiante belleza y con todos los atractivos de su gracia, la Serrana de nuestros amores, la Emperatriz de los cielos, la gloria de los Riojanos.» ¿Cómo se realizó el milagro de la resurrección de Valvanera?

Sólo habían quedado allí montones de ruinas; pero aún iban algunas personas devotas a orar ante una efigie de piedra que, representando a la milagrosa imagen, se veía sobre un paredón semiderruido. Un día notaron los tristes peregrinos que también había desaparecido la efigie de pie-

dra que hacía veces de lápida sobre aquella tumba de antiguas glorias riojanas. Del dolor y de la santa indignación surgió un vehemente deseo de restaurar el templo. La Santísima Virgen atendió al deseo, y muy poco después apareció por aquellos montes un hombre como de treinta años de edad, pobrisimamente vestido, con desaliñadas barbas y crecido y desgrefñado pelo; más que de Nuño penitente era retrato de Nuño en su primera época; pero no llevaba otras armas que una azada y un cesto. Aquel extraño personaje era el restaurador de Valvanera. ¡Siempre el Señor sirviéndose para sus obras de instrumentos los menos a propósito a nuestros ojos!

Los pastores se habían apoderado de las ruinas, aprovechando las piedras de los edificios para hacer hasta treinta y seis corrales, donde encerraban sus ganados. Al ver al de la azada le preguntaron qué buscaba allí, y él respondió: «Vengo a restaurar la casa de la Virgen, y os exijo que dejéis libre el local, retirando de aquí vuestras ovejas.» Al oír la respuesta le tuvieron por loco y trataron de quitar de enmedio a quien venía a perturbarles la posesión del terreno. Convinieron en abrir un pozo dentro de lo que ahora es la ermita del Santo Cristo, degollarlo y enterrarle allí.

Nada intimidó al solitario de Suso. Protegido por la Virgen, triunfó con paciencia y oración de la ferocidad de los pastores, que retiraron sus ganados, dejándole desescombrar las ruinas del templo. Lo que el Hermano Tiburcio ha hecho en Valvanera y por Valvanera no puede referirse todavía, porque, gracias a Dios, aún vive el que

con su trabajo y prestigio fué parte principal en la restauración primera y segunda del templo, hecha la una en 1880 y la otra en 1896. Alabemos al Señor y a su benditísima Madre, que en esta ocasión, como siempre, eligieron lo más pobre, débil y, al parecer, menos apropósito para sus empresas a fin de que el instrumento permanezca en humildad y se dé el honor y la gloria a sólo Dios en los siglos de los siglos.

De otras muchas personas se sirvieron también el Señor y la Virgen para la restauración de su santuario. Como si a una voz del ángel custodio de la Rioja hubieran despertado las almas y al abrir los ojos viesan todos a la Virgen de Valvanera, surgió a la vez por todas partes un gran entusiasmo por nuestra excelsa Patrona. y de los pueblos contiguos al santuario, de los del valle de San Millán y del valle de Cañas, de los de Badarán, Casalarreina, Angunciana, Tirgo y otros muchos, acudían las gentes a trabajar de limosna con sus brazos, carros y caballerías en la obra del templo.

No permite la índole de este escrito mencionar a todos los que sobresalieron en aquella empresa ya con sus manos, ya con sus bienes, ya con sus fuerzas intelectuales y los entusiasmos de su corazón. Muchos han fallecido, algunos viven. Entre los difuntos serán inolvidables en los fastos de la resurrección de Valvanera el Ilustrísimo Sr. D. José María G. Escudero y su hermano D. Angel; Crisanto Escalera y el Arcipreste de Badarán D. Andrés Benito; D.^a Claudia Otañez, de Casalarreina, y D. Juan García, médico de aquella localidad; D. Alejandro Ureta, esposa e

hijas, de Alesanco; Dámaso Ballujera, de Angunciana; D. Hipólito Casas, de Santo Domingo; el Párroco de Anguiano D. Máximo Cura y el Beneficiado de Valladolid Sr. Vaquero; D. Cándido Ureta y familia, de San Millán; los PP. Agustinos Recoletos Fr. Carmelo Ochoa y Fr. Santiago Matute; el angelical P. Osorio Prado y el sencillísimo P. Juan Llerena, ambos Benedictinos, y tantos otros a quienes la Virgen habrá premiado ya su amor y servicios.

En el mes de Septiembre de 1880 se organizó la primera romería de varios pueblos a Valvanera. Nos reunimos allí unas mil personas y se celebró una misa rezada en la ermita del Cristo. Acabado el santo sacrificio nos dirigió la palabra el entonces Magistral de la Colegiata de Logroño don José M. Escudero, que comenzó diciendo: *¡Estamos en Valvanera!* Se trabajó bastante aquel año y mucho más al siguiente, repitiéndose la romería en Septiembre de 1881, asistiendo más de cinco mil almas. Se cantó la misa en la iglesia, ya cubierta, aunque con muchísimos deterioros en el interior. Quien esto escribe decía en el sermón:

«Hace un año vinimos a Valvanera obedeciendo a santas inspiraciones de la Virgen, y obedeciendo a santas inspiraciones de la Virgen hemos venido ahora; el pensamiento entonces concebido, y que tenía la forma impalpable de un anhelo, ha comenzado a revestir las formas tangibles de la realidad; nuestros ojos lo ven; la restauración del templo ha sido emprendida con decisión inquebrantable por parte de la respetabilísima y benemérita Junta creada al efecto, y con la ayuda y los esfuerzos de todos, principal-

mente con la protección de la que todo lo puede; y no dudamos que las obras se llevarán a feliz término, porque... *porque la Virgen lo quiere*. El año pasado sólo podía decirse: *Estamos en Valvanera*. Este año hemos añadido: *Estamos en la iglesia de Valvanera*. El año que viene... ¡ah, el año que viene!...»

Pensábamos entonces que al año siguiente se restituiría la Imagen a su Santuario; pero a tan fausto acontecimiento había de preceder la reinstalación de la Comunidad. A 29 de Octubre de 1883 tornaron los Benedictinos a su harto pobre monasterio; y, claro es que una vez en Valvanera los capellanes de la Virgen, muy pronto volvería la santa Imagen. Efectivamente, el día 22 de Diciembre del año 1885, después de cuarenta y seis de estancia en Brieva, ocupó de nuevo su trono en el lugar de su aparición.

Un incendio destruyó en 1896 parte de la iglesia; pero gracias a la generosa protección de la Reina D.^a María Cristina y de la Infanta D.^a Isabel, y gracias también al óbolo de los fieles, fué gananciosamente reparada, y sigue tributándose allí esplendoroso culto a la Santísima Virgen.

Ahora sólo falta que así como los catalanes coronaron a la Virgen de Montserrat, los aragoneses a la del Pilar, los valencianos a la de los Desamparados y otras provincias a sus respectivas Patronas, no quedemos atrás los riojanos, sino que lo más pronto posible, secundando los deseos del ilustre Prelado calagurritano, coronemos también a nuestra excelsa Emperatriz la Virgen de Valvanera.

Con la coronación podía coincidir el dar a luz

una nueva historia de la santa Imagen y del monasterio, escrita sin los prejuicios de las que hay impresas y basada en la verdad, pues a la Santísima Virgen, Madre del que es la Verdad, sólo ésta le agrada. ¡Ojalá que al nuevo historiador le pueda servir de algo el presente estudio, en el que consigno con toda lealtad mi parecer, sin la pretensión de imponerlo y sin otro valor que el de las razones o verosimilitudes en que se apoya.

CAPITULO PRIMERO

Montes Distercios.

§ I

La Cogolla y Valvanera.

Las montañas que partiendo de Fontibre, cerca de Reinososa, pasan por la Bureba o montes de Oca, San Lorenzo, cuestras de Valvanera, sierra Urbión, Moncayo, etc., tuvieron antiguamente el nombre orográfico de *Idubeda*, o montes Idubedas. Hoy forman la *cordillera Ibérica*, así llamada porque tiene su principio donde nace el Ebro y continúa no lejos del cauce de ese río.

En estribaciones del San Lorenzo están situados los célebres monasterios Benedictinos de San Millán y de Valvanera, denominándose el territorio que ocupan Montes Distercios, o solamente *Distercio*.

Este nombre ha sufrido no pocas alteraciones, pues primitivamente se llamó Dergecio o *Dergetium*, como se lee en una lápida romana hallada cerca de Berceo. Al escribir San Braulio la vida de San Millán en el siglo VI, era llamado el monte, según todos los códices que a nosotros han llegado, *Dircecio*, con las variantes naturales de la *g* y de la *t* en *c*. Así se conservó hasta el siglo X inclusive; pero ya en el undécimo y duodécimo le vemos trocado en *Izerzio*, como aparece

en diploma del año 1062, *Cercio* en 1103, *Zierzo* en 1175, *Circecio*, *Dicercio* y *Cercio*, en otras escrituras de aquel tiempo.

¿Desde cuándo es conocido con el nombre de *Distercio*? Creyóse que ya se le llamó así a fines del siglo XI, porque al sitio donde está fundado el santuario de Valvanera se le dijo *Distercio* por Alfonso VI en diploma del año 1092.

Así lo afirmó el cronista Benedictino P. Antonio Yepes, de quien lo copia el sabio y ya difunto Jesuita P. Fidel Fita y Colomar, que fué digno presidente de la Academia de la Historia, en el tomo III, cuaderno I del Boletín correspondiente al mes de Agosto de 1883, diciendo que «la lección *Distercio* aparece en el citado diploma que pone el Monasterio de la Virgen de Valvanera *in montem qui vocatur Distercii*». Leyó el P. Yepes *Distercii*, pero el original dice *Dircecii*.

También se ha dicho que por lo menos en el siglo XIII, se le decía *Distercio*, pues Gonzalo de Berceo escribe en la copla 67 de la vida de San Millán:

Tanto podie andar de los hombres fuyendo
Pasciendo erbezuelas, aguas frías bebiendo
Que vino en *Distercio* malas noches prendiendo
Siempre en bien puiaba andando e seyendo.

Mas ya el editor D. Tomás Antonio Sánchez, advierte que «*Distercio* faltaba en el original, y se ha suplido por el contexto». En el pergamino tenido por original está efectivamente *Distercio* sobreraspado. Creemos que ese nombre es ya del siglo XVI.

En la décima centuria, año 946, firmaba el

abad de San Millán «Gomesani Abbat. Sancto Emiliano *Dirceci* Monasterii regenti». Y en escritura de Albelda, año 950 firma «Stephanus *Dercensis*. Abbas de Sancto Emiliano». El monasterio de San Millán suena ya desde el siglo XII con el cognomento de *Cuculla* en latin y *Cogolla* en castellano (1). Parece que la traducción debía ser *Cogulla*, y que este nombre pudiera venir de lo que usan los monjes en su hábito. Ello es que se escribe *Cogolla*, tomado no de la prenda monacal, sino del monte *Cogolla*, que así se llama al San Lorenzo en el año 1199 *sant Llorent de Cuculla*. Ya en 1016, como veremos, se le daba ese nombre, y en 12 de Julio de 1180, el Rey D. Alonso con su mujer D.^a Leonor, estando en Nájera, dieron al monasterio de San Millán y a su Abad D. Fernando, el privilegio de que ninguno pudiera pescar en el espacio del río que hay entre el Monasterio y el monte *Cogolla-Inter monasterium sanct Emiliani et Cogollam*, ni echar hierbas ni cal para matar los peces. Finalmente, en el siglo XIV, año 1332, se llamaba el monasterio como hoy, *San Millán de la Cogolla*.

§ II

Era ya el año 1016 cuando, acaso por primera vez en la historia, suena el nombre de *Valvanera*. Hízose entonces una rectificación de fronteras

(1) Cerca es de Cogolla de parte de Orient
Dos leguas sobre Nájera al pie de Sant Lorent
El barrio de Berces, etc.

entre el Conde de Castilla D. Sancho y el Rey de Navarra D. Sancho el Mayor, y dice el documento: *Id est a Summa Cuculla ad rivo Vallevenaria, ad Gramnet... deinde ad flumen Razon ubi nascit* (1).

El fijar como hito de dominios el sitio obscuro y abrupto de Valvanera indica que ya en los primeros años del siglo XI había allí algo notable, por más que el objeto de la escritura era exclusivamente de amojonamiento o deslinde, y nada más nos dice. Lo notable era, sin duda, el hallarse allí un santuario célebre que D. Sancho el Mayor deseaba enclavar dentro de su reino.

El nombre *Valvanera* ofrece dentro del siglo XI, entre otras, las siguientes variantes: *Vallisvenarie* (2) *Valvenerense* (3), *Vallevenerense* (4), *Valvenere* (5), *Valvanera* (6).

Varias son también las interpretaciones que se han hecho de esas palabras, fundando todas las

(1) «De lo más alto de la sierra de la Cogolla al río de Valvanera y a Gramneto, adonde está sito un mojón, y de Collado Moneo, y Biciercas y Peñanegra, y de allí al Río Razón, donde nace.» Traducción del P. José Moret, en los *Anales de Navarra*, tomo I, lib. XII, cap. III, § III.

(2) 1016.—Documento citado.

(3) 1047.—«Galindo Cucinero y su muger Totta Duena dieron in atrio S. Quirici qui est fundat in urbe Naiera in barrio qui dicitur Valquerna sub regimine sancte Marie *Valvenerense* cenobii una vinea.»

(4) 1067.—«Vno agro ad atrio Marie virginis *Vallevenerense*.»

(5) 1071.—«Donç una vinea in atrio sancte Marie virginis *Valvenere* cenobio Albaro Abba regente.»

(6) 1078.—«Ad tibi Abbas Albaro de *Valvanera*.»

etimologías sobre la base de *vallis*, valle, *vallis veniæ*, valle del perdón, *vallis venationis*, valle de la caza, *vallis venarum* (1), valle de las venas o minas de metal. Esta última es la más generalmente adoptada, porque allí abundan efectivamente las minas de hierro y otros metales que en tiempos antiguos se comenzaron a explotar, como lo atestiguan las muchas escorias que por allí se encuentran. Es a todas luces impropia la denominación de *valle*, pues no hay en Valvanera poca ni mucha llanura entre montes; que bajan en pendiente nada suave hasta el pequeño río, cuyo cauce es bastante estrecho. Tal vez fuese más exacto excluir de la formación de la palabra el *vallis* y decir *vallum*, valladar; *vallum venarum*, valladar de las venas.

(1) En la historia antigua se dice y repite *Vallis venarum, in vallem venarum*.

CAPITULO II

Historiadores de Valvanera

Dos historias de Valvanera se publicaron en el siglo XVII, una en el XVIII, otra en el XIX y la última en el siglo actual. Escribió la primera el P. Gregorio Brabo Sotomayor, imprimiéndola el año 1610. El P. Mauro Olavarrieta es el autor de la segunda, que con nombre del Ilmo. Silva, obispo de Astorga, apareció el año 1665, y en el de 1761 dió a luz la suya el P. Fr. Benito Rubio, monje de aquel monasterio, como lo fueron los PP. Brabo y Olavarrieta. El sabio catedrático y luego rector de la Universidad de Zaragoza D. Hipólito Casas y Gómez de Andino imprimió en 1886 su libro *Valvanera, Historia del Santuario y Monasterio de este nombre en la Rioja*, obra premiada poco antes en los Juegos Florales de Logroño. Últimamente, en 1906, dió a la prensa una *Breve Historia de Valvanera*, el P. Agustín Urcey, entonces joven estudiante, y ahora abad mitrado de aquel Monasterio.

Los dos primeros adoptaron cuanto acerca de aquel santuario se dice en los falsos cronicones (1)

(1) El sacerdote D. Antonio de Nobis (Julián Zapata) autor del falso Hauberto Hispalense «estuvo en Valvanera el año 1657, y se detuvo algún tiempo en componer el ór-

El P. Rubio estudió algo mejor el archivo, y además de la publicada dejó otra que llaman *historia manuscrita*, aunque él la intituló «Resumen, Compendio, o Dietario del Archivo de Valvanera». Si bien no le desagradaban las aguas de las malas fuentes indicadas, bebió, sin embargo, y con mayor avidez que sus predecesores, en la *Historia latina* que en el siglo XV, año 1419, tradujo del castellano el Abad D. Domingo Castroviejo. Casi milagrosamente ha llegado hasta nuestros días, y a fin de salvarla para lo sucesivo, la publicamos precedida de este pobre Estudio.

Esa historia está escrita en pergamino con hermosa letra gálica. Forma un cuaderno de diez y nueve hojas, escritas por ambos lados, excepto la última, que solamente lo está por el anverso. Miden 0,28 m. de altura y 0,195 m. de ancho, teniendo cada una 46 líneas, o sea 23 por cada lado y unas 40 letras cada línea. Al llegar al fin de la hoja décimaquinta queda interrumpida la narración, y antes de la que hoy es décima sexta, se ven tres márgenes al interior correspondientes a tres hojas que fueron cortadas, y sigue luego la historia hasta el fin.

gano, en cuya manufactura era inteligente. También lo era en historia y cosas de antigüedad, y con el trato amable de los monjes logró ver el archivo muchas veces. Este hecho es constante, porque así lo oy referir en el año 1714, en que ya yo era monje, al P. Fr. Bernardo Ximenez, monje decano de Valvanera, de edad de 90 años, que había tomado el hábito en el de 1650, y conoció y trató al dicho D. Antonio en Valvanera.

Padre Rubio en la historia manuscrita.

¿Cuándo y por qué fueron cortadas aquellas tres hojas? No hay datos positivos para determinar el tiempo y la causa de un hecho tan lamentable. Sin embargo, creemos muy verosímil lo que se dice en la citada historia manuscrita. «Yo creyera, escribe allí el P. Rubio, que en las hojas que faltan tocaría el punto de la venida y estancia de San Atanasio en Valvanera, porque lo tocaría la historia de romance que él (D. Domingo Castroviejo) tradujo; pero no dándole crédito, escribiría en contra. Y fundo este pensamiento en que en algunos años adelante se halla un pergamino en que consta la venida de este santo Doctor, no sacada del cronicón de Hauberto, que aún no había nacido (el falsificador), sino de la tradición que tenían nuestros padres: los que viendo que en la Historia no se hace mención de esta noticia, o acaso se escribía contra ella, arrancaron las tres hojas.»

Todavía avanza el P. Rubio hasta indicar el autor o consejero de la mutilación, pues no ya en la manuscrita, sino en la historia impresa, precisando más la fecha y el motivo, dice: «En el año 1530 quiso llenar el vacío el Abad Fr. Pedro Andrés de Arenzana, ingiriendo en él un pergamino firmado de su nombre, y en él pone la estancia del Glorioso Doctor San Atanasio en nuestro Monasterio.»

Más adelante se llevó el atrevimiento, y hubo quien ya en el siglo XVIII escribió dos hojas de papel consignando en ellas lo que supuso que dirían, o quiso que dijeran las desaparecidas, estampando en las suyas, claro está, la venida de San Atanasio a Valvanera. No tuvo en cuenta

el interpolador, 1.º la notabilísima diferencia entre su estilo y el de la historia antigua, 2.º, que en las dos hojas, dada la dimensión de las letras y el espacio de líneas, no podía decirse ni la mitad de lo escrito en las sustituidas, y 3.º, que se olvidó de que en la hoja décimanovena, hoy décimasexta del pergamino, se dice continuando la historia y refiriéndose al número de religiosos que componían la comunidad: *Numerus vero fratrum erat centessimus tertius absque praefato Abate Sancio*, que había ciento tres Hermanos, *sin contar al predicho Abad Sancio*. De modo que de este Abad se hablaba en las hojas sustraídas, y no se menciona en las intrusas.

Seguramente que ni en el original castellano ni en la traducción latina de la primitiva historia se decía una palabra del santo Doctor Alejandro, sino que en las hojas que faltan seguía tratándose de la construcción de la primera iglesia hasta que se terminó y de cómo pasaron los solitarios a conventuales, y se narraría allí sucintamente la vida de los cuatro primeros Abades don Sancho, D. Domingo, D. Munio y D. Nuño, todos notables, así como narra después la del santo Abad Iñigo (1).

La historia antigua, mutilada y todo como está, es un documento muy estimable. A mediados del siglo XIII se consignaron en la primitiva narración las verdaderas y sólidas tradiciones acerca del hallazgo de la Sagrada Imagen y de

(1) No es inverosímil que al final de las hojas que faltan se hablase de la desgraciada muerte del Rey Don García en la batalla de Atapuerca, y de su entierro en Nájera, con asistencia de la Comunidad de Valvanera.

los principios del Santuario y Monasterio. Acaso al versificarla revistiéndola de monólogos y diálogos, no todos escrupulosamente verosímiles, perdería algo de la escueta verdad histórica. Tampoco pudo ganar en ese sentido al traducirla al latín; pero el traductor, respetable monje de Nájera, Bachiller en Decretos y Provisor durante bastantes años del señor Obispo de Calahorra, hizo sin duda su trabajo a conciencia y con la posible fidelidad conforme a las luces y gracia que el Señor le diera: *prout ei desuper fuit donatum.*

Es lo cierto que todos los demás historiadores han tratado de inspirarse en ella. «Esta historia latina, escribe el P. Benito Rubio, como hoy se halla, es el texto original de la invención dichosa de nuestra Sagrada Imagen y de todos los sucesos de nuestro monasterio. Ojalá la tuviéramos entera, ya que nos falte el gusto de verla y admirarla en la narración sencilla del idioma vulgar de aquellos tiempos, que sin duda sería más apreciable y gustosa.»

CAPITULO III

¿Quién fué el autor de la primitiva historia de Valvanera?

Todos los que hasta ahora han tratado del monasterio y santuario de Valvanera afirman que el Abad D. Juan Sánchez escribió en 1282 la historia o relación de que venimos hablando. En el libro del Ilmo. Sr. Silva se lee: «Don Juan Sánchez, que llamamos *el Escritor*, porque escribió la historia de Valvanera en verso castellano, como se usaba en aquel siglo, como lo refiere don Domingo de Castro en su su historia latina, confesando que solo tradujo en una lengua lo que Don Juan escribió en otra» (1). El P. Rubio dice: «Por los años de 1282 fué la primera vez que se escribió la historia del felicísimo hallazgo de la imagen de María Santísima de Valvanera y su santo monasterio. Consta que fué su autor el Abad *Don Juan Sánchez*, quien escribió en idioma vulgar, usado en aquellos tiempos. En los años 1419 el Abad *D. Domingo Castroviejo*, pareciéndole tendría más lucimiento y aprecio, la tradujo en latín sin añadir ni quitar, consumiendo (*sic*) el manuscrito de la historia castellana.» Los demás historiadores repiten lo que estos dijeron, y

(1) Tercera parte de la Historia.

nadie ha puesto en duda que la obra fué hija de aquel Abad.

Pero, ¿en qué se fundan para atribuirle la paternidad de la obra castellana? En que lo dice Castroviejo. ¿Y qué dice este traductor acerca del original? Lo siguiente: *Historia ista in vulgari et materna lingua fuit composita tempore Johannis Sancii, dicti monasterii Abbatis lucidissimi, qui numero decimus octavus computatur. Anno Domini tunc currente millesimo ducentesimo octuagesimo secundo.* Esta historia fué compuesta en lengua vulgar y materna en tiempo de Juan Sánchez, esclarecidísimo Abad de dicho monasterio, que en el número de los Abades se computa el décimo octavo. Corría entonces el año del Señor mil doscientos ochenta y dos.

Lo que acabo de transcribir con toda exactitud es lo que el tantas veces citado Abad dice en la traducción de la historia antigua, y ese ha sido el único fundamento para afirmar que aquella historia fué compuesta por D. Juan Sánchez en 1282. No dice Costroviejo que el Abad Sánchez fuese el autor, sino que fué compuesta *en tiempo* de D. Juan Sánchez. *Fuit compósita tempore Joannis Sancii* (1).

Esto, y nada más que esto, dice el traductor, y

(1) Es inexacta la fecha de 1282, bien se la aplique al tiempo en que la historia fué escrita, bien al Abadiado de D. Juan Sánchez. Este monje, que ya lo era en 1222, aparece en las escrituras como Abad de Valvanera desde el año 1264 al 74. En el de 1280, a 13 de Marzo, era Abad don Domingo Sánchez, hermano de D. Juan, que había sido Prior mayor durante el gobierno de éste.

de sus palabras se deduce clarísimamente que el original no era obra de D. Juan, aunque tampoco nos diga quien la compuso.

Debe, pues, quedar descartado D. Juan Sánchez como autor de la historia primitiva. Ahora bien, ¿quién fué el verdadero autor de la obra?

No se si hará aquí la imaginación veces de entendimiento; mas creo que no se trata de un descubrimiento difícil, y que es muy obvia y sencilla la respuesta a la pregunta arriba formulada. A cualquiera que haya saludado nuestra literatura patria, y se le proponga la cuestión, estimo que la resolvería como yo la resuelvo. Se trata de un suceso maravilloso y de orden cristiano acaecido en la Rioja, a poca distancia del valle de San Millán. Era el siglo XIII cuando se escribió la narración del caso, e hizose en verso, o roman paladino; nadie alega derecho a la paternidad de la obra... ¿Quién sería su autor? Paréceme que a los labios de quien esto lea asoma el nombre de *Don Gonzalo de Berceo*.

Desde que hace muchos años conocí la historia de Valvanera y las obras de D. Gonzalo buscaba entre las vidas de Santo Domingo, natural de Cañas, San Millán, nacido en Berceo, Santa Oria, de Villavelayo, y en los Loores, y en los veinticinco Milagros de Nuestra Señora, verificados unos en Toledo, otros en Colonia, Pisa y ciudades lejanas, en los que figuran ladrones convertidos, clérigos enfervorizados... y ¡nada de Valvanera! Narra hechos portentosos acaecidos en puntos distantes, y no se acuerda del maravilloso hallazgo de la hermosísima Serrana del Distercio, de la venerada imagen de Valvanera, y eso que

el hallazgo se verificó con circunstancias tan prodigiosas. El asunto se prestaba a un hermoso poema, D. Gonzalo vivía en San Millán, muy cerca del monasterio de Benedictinos capellanes de la santa imagen, y tan conocida en todos los pueblos limitrofes, singularmente en los del valle de San Millán. ¿Es que para D. Gonzalo eran desconocidos el santuario y monasterio? Lo conocía, como que en la vida de Santa Oria habla de los bienaventurados Munio y Nuño, maestro el primero del segundo, y este *que de Valvanera fué Abad consagrado*.

Sí; el primero que en lengua castellana cantó las glorias y loores de la Santísima Virgen; el humilde *versificador*, que se mostraba verdadero poeta al hablar de la que tantas veces y con ternura tanta llama Madre y Señora, Señora de sus amores; el que con frecuencia iba en romería al Santuario de la Virgen, de lo que nos ha dejado preciosa remembranza en la descripción del dulce sueño que tuvo al descansar en uno de los prados que hay en el camino de San Millán a Valvanera yendo por Estollo y Tobía; el devotísimo D. Gonzalo de Berceo escribió la historia del hallazgo de la bendita imagen y de la fundación y principios del monasterio de Valvanera.

Guardaban los monjes de San Millán todas las obras de Berceo, pero la historia de Valvanera fué sin duda entregada por el autor a D. Juan Sánchez, y se custodiaba en el monasterio de la Virgen. Una vez traducida al latín en los comienzos del siglo XV, fué, como dice el P. Rubio, *consumido* el original... ¡Qué pérdida tan lamentable!

Para corroborar nuestra íntima persuasión de que D. Gonzalo de Berceo escribió la historia castellana de Valvanera, recordamos que en el archivo de San Millán hay una escritura de 12 de Septiembre de 1264, donde se refiere que «Sancho Roiz, hijo de Roiz Sánchez, de Bobadilla, a petición de D. Juan Sánchez, Abad de Valvanera, y de D. Domingo Sanchez, su hermano, Prior mayor de aquel Monasterio, instituía... etc.» Eran los hermanos Sánchez de Bobadilla, muy emparentados con Sancho Roiz, sobrino éste de don García Gil de Baños, de quien fué *maestro de confesión y Cavezalero* D. Gonzalo de Berceo.

Por donde se ven las relaciones entre éste y los Sánchez de Bobadilla. Los cuales, sin duda, rogarían al poeta que escribiese la historia de la invención de la imagen y principios del monasterio de Valvanera.

En el de San Millán residía entonces D. Gonzalo, y vemos por las escrituras que nunca como entonces hubo trato tan íntimo entre ambos monasterios. Con frecuencia iban los hermanos Sánchez al de San Millán, y eran testigos, y firmaban y sellaban los documentos.

Nació D. Gonzalo de Berceo en el último tercio del siglo XII y falleció a mediados del XIII. Hemos dicho que D. Juan Sánchez era ya en 1222 monje, sin duda, profeso y sacerdote; como que en 7 de Junio de aquel año, designado al efecto por la comunidad, notificó a los vecinos del pueblo de Anguiano la Bula que el Papa Inocencio III había expedido a favor del monasterio de Valvanera. Todavía serían más antiguas las relaciones de D. Juan con el *Maestro*, quien a rue-

go del monje amigo, escribió por los años de 1230 al 40 la Historia de la fundación y principios del monasterio de Valvanera. Y dice el Abad traductor que las fuentes para escribirla fueron la tradición de los ancianos y lo contenido en varios códices: *juxta traditiones seniorum, et contenta in diversis codicibus*. Acaso la última palabra deba traducirse por *documentos*. De todos modos, códices o documentos que traten del hallazgo de la santa imagen y de los comienzos del monasterio, si en tiempo de D. Juan Sánchez existieron algunos en el archivo de Valvanera, se perdieron hace no pocos siglos, sin que de ellos haya quedado otra memoria ni mención que las palabras de la historia latina: *juxta... contenta in diversis codicibus*.

CAPITULO IV

¿Cuándo se verificó el hallazgo de la imagen de Valvanera?

Mutilada la historia antigua, se logró que los comienzos del santuario y monasterio de Valvanera quedasen envueltos en misteriosas nebulosidades. Se concedía prioridad a la imagen del Pilar de Zaragoza, pero se colocaba en segundo lugar a la de Valvanera. Y así como de aquélla se dice que fué traída por los ángeles, lo mismo se aseguró de la Patrona de la Rioja.

El P. Antonio Yepes escribió lo que sigue: «Después del Pilar de Zaragoza, que es el primero de España, no tenemos noticia de otro de quien antes haya memoria en nuestros Anales, pues no solo consta, en ellos era ya venerada por los años de 570 en los tiempos del Rey Leovigildo y aun en el de Romanos, sino que en los de San Atanasio, por los años de 340, fué también reverenciada por este *glorioso* santo.»

Esto transcribe el P. Benito Rubio, y añade por su cuenta: «De el Pilar de Zaragoza sabemos su aparición por los tiempos señalados en aquella columna, pero ninguno ha sabido dónde se fabricó aquel bulto soberano, ni es razón que se sepa, porque hechura tan divina en que puso Maria las fincas de su cariño, solo puede ser del Cielo por

manos angelicales. De la de Valvanera también se sabe que fué aparecida en el Roble y el sitio donde hoy tiene su culto: más dónde se fabricó nadie hasta ahora lo ha sabido; si bien nuestra Historia antigua da a entender vino del Cielo, pues dice fueron los Angeles los que la colocaron en el Roble: *Illicque Angelorum ministerio atque conductu positam.*» Y cita al margen *Hist. ant. Vallisren.*

No es cierto que en la historia antigua se lean esas palabras: las escribió, o mandó escribir, el Abad Arenzana en el ya citado pergamino con que sustituyeron entonces las hojas cortadas. Lo que la historia primitiva pone es lo que el ángel reveló a Nuño, diciéndole: «*Hay (en aquella selva) un árbol ahuecado, y (dentro) sobre un enjambre de abejas y un panal aparecerá la imagen de la Virgen Maria, la cual parece que de cierta manera acaricia gozosa y alegre a su Hijo, que tiene sobre las rodillas; pues la divina piedad no quiere que por más tiempo esté oculta dicha devotísima imagen, sino que para la salvación de las almas se muestre en público, juntamente con muchas reliquias de santos allí de antiguo escondidas*» (1).

No existe dato alguno positivo para fijar con

(1) Arbor concava existit, et super apum examine atque favis iminebit (*) imago Virginis Marie, quæ quodam modo filium suum ad genua videtur gaudens et lata mulcere: Divina enim pietas non patitur ulterius quod dicta imago devotissima lateat, sed vult ut in publicum prodeat ad fidelium salutem animarum, cum pluribus sanctorum reliquiis ab olim ibi reconditis.

(*) Eminebit.

exactitud el año, ni siquiera el siglo, en que el convertido Nuño Oñez y el sacerdote Domingo descubrieron la santa imagen. El P. Rubio, con objeto de hacer más creíble la venida de San Atanasio a España y su estancia en Valvanera, dice que «la invención de la sagrada escultura sucedió hacia el año 300 de la Era cristiana, y que había estado oculta cien años, pues fué llevada por ángeles al roble el año 200». Creemos enteramente gratuita semejante afirmación. Otros asignan fechas algo más posteriores; pero no exhiben pruebas que en sana crítica sean aceptables.

Los que afirmaban que la efigie vino del cielo y fué colocada por los ángeles en la concavidad del roble, tendrían que afirmar igualmente que no recibió culto de los fieles antes de su descubrimiento. Otras imágenes que, sea con motivo de la irrupción de los bárbaros, o de los musulmanes, o sea por otras circunstancias fueron ocultadas, habían sido antes pública o privadamente veneradas, y yo creo que nuestra Virgen de Valvanera en siglos anteriores al hallazgo era ya objeto de ferviente culto. El tiempo transcurrido desde sus orígenes hasta ser descubierta por Nuño y Domingo forma lo que podría llamarse la *prehistoria* de la imagen. ¿Cuándo fué tallada la efigie, que, por cierto, ha sufrido no pocas restauraciones? No se sabe. ¿En qué pueblo fué primitivamente venerada? No se sabe. ¿Por qué, cuándo y por quién fué puesta en el roble? No se sabe. ¿Cuánto tiempo estuvo oculta? No se sabe. Todo eso pertenece a la prehistoria, donde suelen hacerse suposiciones y conjeturas, pero sin

sólido fundamento, mientras no aparezcan documentos fehacientes y pasen a la historia los hechos prehistóricos.

En la historia antigua, única fuente, aunque algo turbia, de verdad respecto del hallazgo, aparece éste enlazado con la fundación del Monasterio. Refiérese allí que cuando el ángel reveló a Nuño el sitio donde estaba oculta la sagrada efigie, le dijo: «Procurarás construir en ese lugar un oratorio, que, *pasado poco tiempo*, se convertirá en monasterio de varones, que no cesarán de rogar por los vivos y por los difuntos.» *Hic, ergo, oratorium construere curabis, quod per (post) modici temporis decursum, in Monasterium virorum convertetur, qui assidue preces effundere pro vivorum et defunctorum requie non cessabunt.*

Según esto, el tiempo de la transformación del oratorio en monasterio nos dirá *cuándo se verificó el hallazgo de la imagen*. Ese tiempo debía estar expresado o suficientemente indicado en las tres hojas de la historia que fueron arrancadas. Sabemos que en ellas se hablaba de los comienzos del monasterio y de su primer Abad Sancho, que en el catálogo de Castroviejo ocupa el número uno.

Nos dice el historiador primitivo que el hallazgo de la imagen fué un acontecimiento de gran resonancia por todo el país, y que debido a eso y a la fama de las virtudes en que resplandecían el penitente Nuño y el sacerdote Domingo, luego se poblaron de solitarios los montes de Valvanera. Hasta ciento seis llegaron a reunirse, albergándose cada uno acá y acullá en miseros tugurios, diseminados por las cumbres y laderas de

las montañas, y reuniéndose todos en el oratorio junto a la sagrada imagen los domingos para confesarse, comulgar, oír misa y escuchar la predicación del santo presbítero Domingo (1).

Aún vivía Nuño, quien huyendo de que le tuviesen por más santo que los otros, se ocultó en la cueva de los Alambres. Allí murió tres años después, y Domingo llevó el cadáver al oratorio para darle cristiana sepultura. Ya entonces llama *Monasterio* el historiador al oratorio, pero advierte que aún no tenían Abad. Después que murió el sacerdote Domingo y se construyó la iglesia, la congregación de solitarios se eleva, como si dijéramos, a Orden religiosa, y eligen Abad a don Sancho, formando todos una comunidad de ciento cuatro; la cual fué pronto disminuyendo, porque la vida conventual se hacía difícil a los solitarios, pues ya no podían tener iniciativas propias, sino que habían de sujetarse en todo a la voluntad del Prelado. El historiador refiere esa disminución en la hoja siguiente a las cortadas, y dice: «El número de los hermanos era de ciento tres, sin contar al dicho Abad Sancho.» Por donde se ve con toda claridad que en la parte sustraída se habla de la elección de D. Sancho para Abad.

La historia llega hasta el año 1061, y todavía añade lo que sucedía en lo que llama *tiempos modernos*, haciendo el elogio del Abad D. Iñigo, que ocupó la prelación desde 1097 hasta 1117.

Al Abad Sancho, de quien nos habla la histo-

(1) Adveniente dominica die omnes indistincte ex tuguriis ad oratorium accedebant, divinum officium audituri, et communionem sanctam devote suscepturi, etc.

ria, sucedió D. Domingo, contemporáneo del Obispo de Pamplona D. Sancho y de D. García, Obispo de Nájera, que vivieron a principios del siglo XI. Esto nos da la fecha aproximada en que entró a ser Abad D. Sancho, inmediato predecesor de D. Domingo, fecha que no puede remontarse más arriba de los años de 980. Entonces, y no antes, se fundó el monasterio a que se refería el ángel al hablar a Nuño, y que fué formado, no con anacoretas que permaneciesen en su vida solitaria, sino de los que entraron ya a ser monjes o cenobitas, únicos que podían rogar *incesantemente* en comunidad por los vivos y los difuntos. Y como entre el hallazgo de Nuestra Señora y el establecimiento del monasterio había de transcurrir poco tiempo—*post modiei temporis decursum*—, síguese de todo esto que la imagen de la Virgen de Valvanera fué descubierta por Nuño y Domingo a principios del siglo X, o, lo más pronto, a fines del siglo IX.

Cotejando la actitud, forma de vestido, pliegues y otros detalles de la imagen de Valvanera con el retrato de la Reina D.^a Nuña, mujer de D. Ordoño I, que comenzó a reinar el año 850, se observa gran parecido. El P. Maestro Flórez publicó en las *Reinas Católicas* el retrato de D.^a Nuña, tomado de un libro gótico de donaciones de Oviedo. Aparece la reina sentada sobre un sitial formado por dos perros, símbolo de la fidelidad, y viste túnica de mangas largas adornadas con numerosos botenes. La Virgen de Valvanera está en silla formada por cuatro águilas, símbolo de su elevadísima dignidad; y viste túnica con mangas que llegan hasta la peana y es-

tán orladas con gran número de botones hechos en la misma talla.

El parangonar una imagen con otra no es decir que la de la Virgen sea precisamente del siglo IX, pues muchísimo antes se usaban las mangas largas y en punta. Las no pocas restauraciones hechas en la santa efigie de nuestra Reina impiden fijar su época.

CAPITULO V

San Atanasio y Valvanera.

Desde el primer tercio del siglo XVI ha sido para los monjes de Valvanera verdad inconcusa el que San Atanasio, Obispo de Alejandria y gran Doctor de la Iglesia, pasó algunos años escondido en Valvanera, que al venir trajo de Roma muchas y preciosas reliquias y que en la iglesia del monasterio estaban la cabeza y la lengua del ilustre defensor de la fe. Esta, dicen, era la tradición de la casa, que siempre ha tenido al santo Doctor como Patrono, y le hizo altar, y celebra anualmente su fiesta, y a diario reza al final de vísperas, hoy al final de completas, la antifona y oración del Santo.

Ello es que en tiempo del Abad D. Pedro de Arenzana era tan íntima la persuasión de la estancia de San Atanasio en Valvanera, que solicitaron de Roma una Bula, y el Papa Paulo III la expidió en el año 1536, diciéndose en ella que, según cuenta la fama, el glorioso San Atanasio, Obispo y Doctor griego, que en el Concilio de Nicea refutó admirablemente al hereje Arrio e impugnó la perfidia de los arrianos, quienes por eso consiguieron del Emperador Constantino, también arriano, que le desterrase, andando prófugo se ocultó en el monasterio de Valvanera y allí

permaneció cierto número de años, según se dice (1).

Lejos de mí el pensar que el Abad Arenzana y sus monjes fingiesen lo de la estancia del santo Doctor en Valvanera. Hacía más de cien años que se tributaba culto especial a San Atanasio en aquel monasterio; tal vez leyendo la vida del grande y forzado peregrino, y sabiendo sus relaciones con nuestro Osio de Córdoba y que fué desterrado a Tréveris, de la Galia belga, se le ocurrió a alguno de los religiosos que bien pudo estar el santo en España, ya que había recorrido una gran parte de mundo (*magnam orbis terrae partem peragravit*), y viendo la extraordinaria devoción que se le tenía en Valvanera, creería y diría que allí pudo estar... y que allí estuvo, etc.

¡Ojalá hubiera algún fundamento histórico o al menos serias probabilidades de la venida de San Atanasio a Valvanera! ¡Ojalá que fuesen auténticas las palabras que se atribuyen al santo Pontífice Inocencio III, al decir que concedía indulgencias a los religiosos de Valvanera y *que las concede por haber vivido y honrado este Monasterio San Atanasio, Obispo de Alejandria, que venció a Arrio* (2), pues tan respetabilísimo testimonio ya

(1) Procurante, ut fama refert, sancto Athanasio, Episcopo Doctore Graecorum, qui in Concilio Niceno Arrium hereticum mirabiliter confutasse, et Arrianorum perfidiam impugnasse, ac propterea Arrianorum susurracione Constantino Imperatori Arriano exosus, ac profugus factus, in ipso monasterio certis annis latenter permansisse dicitur.

Roma die XXI Januarii MDXXXVI. Pontificatus nostri anno secundo.

(2) P. Rubio, pág. 25.

que no resolviese la cuestión la colocaba a no poca altura!

No hay para que yo afirme ni niegue ahora la venida de San Atanasio a España, impugnada por el P. Maestro Flórez y otros sabios (1), pero, a decir verdad, me parece muy inverosímil que en el siglo IV, cuando aún no se había descubierto ni acaso tallado la imagen de Nuestra Señora cuando el sitio donde está Valvanera era una sierra abrupta e inhabitada, como nos dice la historia antigua, viniese allí San Atanasio y permaneciese algunos años y hasta fuese cocinero... etcétera.

Entonces, ¿cómo se explica la tradición de la casa y el tan solemne y diario culto que allí se rendía y rinde a San Atanasio? La única respuesta que puedo dar a esa pregunta es la siguiente:

Hay en el Archivo de Valvanera un documento en que no se ha fijado ninguno de los historiadores del monasterio. El documento es, a mi parecer, de grande importancia, pues pudiera darnos la clave para explicar la tradición acerca de la estancia de San Atanasio en Valvanera y del origen del culto que allí recibe. Es la fundación de una capellanía, el fundador es D. Pedro Fernández de Velasco, Conde de Haro, señor de la casa de Salas, camarero mayor del Rey, la fecha de la fundación es la del año 1426.

«Dió cuarenta y seis florines de oro e de justo peso, o por ellos dos mil e trescientos maravedís desta moneda usual en Castilla, que facen dos blancas un maravedí. Para la lámpara ocho flo-

(1) Flórez, *España Sagrada*.

rines de oro o cuatrocientos maravedis.» Los monjes se obligaron, entre otras cosas, a lo siguiente:

«E otrosí que digamos cada día despues de dichas visperas una antífona e una oracion del bienaventurado Santo Athanasio.» Dicen también: «E otrosí que hagamos de oy adelante en cada año para siempre jamás una Misa cantada con un Responso de Santo Athanasio el día de San Marcos Evangelista, porque a el plega de así como por él fué nuestra fe acresçentada la acresçiente en ánimo de vos el dicho Sr. Conde en tanto grado que por merescimientos... la sū infinita misericordia de nuestro Señor.»

A no pocas reflexiones se prestá la lectura de ese documento. Pues si ya entonces era tradición en la casa el Patronazgo de San Anastasio, y ya se le tributaban extraordinarios cultos, ¿cómo ni remontamente lo mencionan los monjes? Si ya en aquel tiempo se rezaba la antífona y se hacía la fiesta, ¿cómo dicen que lo harian *de hoy en adelante* para siempre jamás? ¿Cómo ni siquiera dan al Santo el título de *Nuestro Padre*, denominación que después se hizo argumento, sin acordarse de que en las antiguas obras manuscritas de San Atanasio y en varias de las ediciones griegas y latinas, se da ese nombre de *Nuestro Padre* al gran defensor de la fe católica?

Se dirá acaso que el transcurso de sólo un siglo parece corto tiempo para que hubiese arraigado tanto entre los monjes la convicción de la venida y estancia de San Atanasio en Valvanera, hasta el punto de pedir a Su Santidad la Bula que obtuvieron. Nosotros nos concretamos a exhibir la fundación y los términos en que fué aceptada.

Las preguntas que hemos formulado nos parecen muy naturales; sin embargo, no pretendemos elevar el argumento, que no carece de fuerza, a la categoría de concluyente.

CAPITULO VI

Abades de Valvanera.

Puso D. Domingo de Castroviejo al final de la historia latina el catálogo de Abades de Valvanera. Es el más antiguo que ha llegado a nosotros: comienza por D. Sancho y acaba con otro Sancho (Orduña), que precedió inmediatamente al cataloguista. Son veinticinco Abades desde los comienzos de la fundación hasta principios del siglo XV, pero no dice los años en que ocuparon la Abadía.

El P. Benito Rubio publicó también en su Historia el catálogo de Castroviejo con algunas variantes, y la continuación hasta el año 1761. Don Hipólito Casas nos da la lista hasta la exclaustación de 1835, si bien deja una laguna que llenó el Rmo. P. Agustín Urcey, quien consigna los nombres de los superiores de la casa después de la restauración.

Aquí, consultadas las escrituras de los archivos de Valvanera y San Millán, y otros documentos que se citan, pongo el siguiente catálogo abarcando sólo el tiempo de los tres primeros siglos, y documentándolo siempre que haya datos.

1. DON SANCHO.

Lo menciona la *Historia latina*, la cual dice también que al principio de la fundación del mo-

nasterio, estaban los monjes muy pobres, pues no tenían más que la granja de Villanueva, donación del *pitísimo* Rey D. García. No parece que este *piisimo* Rey fuese el hijo de D. Sancho el Mayor, sino el padre, D. García V. Sánchez, *el Tembloroso*, que reinó entre los años 995 y 1000.

2. DON DOMINGO.

Sucedió a D. Sancho el Abad D. Domingo, a quien recuerda el diploma de D. Alfonso VI, fecha 1092, refiriendo el concilio o reunión de los Obispos de Pamplona, Nájera y Alava, y del Abad *D. Domingo*, para prohibir que las mujeres llegasen en Valvanera más allá de los términos marcados. *Mando etiam, dice, ut sicut in die Congregationis praefate Ecclesie constitutum est a domno Sancio Episcopo, et a domno García Episcopo, et a domno Gomesaño Episcopo (1) et a domno Abbati Dominico, ut nulla feminarum intraret etc.*

Escribe el P. Rubio que este Abad «no solo fué singular en virtud, sino en letras. En un privilegio que concedió el Rey D. García al monasterio de San Julián de Sojuela, se halla este Abad Domingo confirmándole, y con la expresión de ser confesor de aquel Monarca».

3. DON MUNIO.—4. DON NUÑO.

A estos dos Abades se refiere Don Gonzalo de Berceo cuando en la vida del Santo Oria dice que

(1) En la escritura número 103 del archivo de San Millán, año 1030 firma *Gomesanus Calagurritanus et Castele Vetule Episcopus*.

esta virgen claustrada tuvo una visión del cielo,
y allí

Conoció entre todos un monje ordenado
Monio li dixeron, como diz el dictado
A otro su discípulo Munio era llamado
Que en Valvanera fué Abad consagrado.

De dos Munios habla la estrofa; el primero monje ordenado, o sacerdote, que fué maestro del segundo, y éste Abad consagrado de Valvanera. No dice el poeta que el primero fuese Abad, acaso porque no le venia bien para la rima, pero puede asegurarse que lo fué, puesto que en el catálogo antiguo figuran los dos. Entre ambos coloca el P. Rubio un *Domingo segundo*, que será el anotado con el número 2: pues él había puesto en su lista otro Domingo haciéndole Abad en el año 950. Es que por haber dicho, sin razonarlo, que D. Sancho fué Abad el de 800, necesitaba algún nombre para llenar en parte el vacío de dos siglos.

Respecto de los dos Abades, maestro y discípulo, no es una canonización el que santa Oria, o Aurea, diga que les viese en el cielo, pero no deja de ser una prueba muy valiosa de su santidad.

5. DON ALVARO.

Ya en tiempo de sus dos antecesores habían comenzado las dádivas de los reyes y de los fieles al *monasterio, atrio, cimenterio*, pues con estos nombres, y principalmente con el de Nuestra Señora de Valvanera, aparecen las ofrendas en las escrituras. Abundan las hechas al Abad Alvaro

entre los años de 1065 a 1079. Debió llegar a una edad avanzada, porque en los últimos años hacían sus veces D. Gómez Bello, y el que le sucedió en la prelacia D. Inigo. En no pocas donaciones, ventas y cambios se dice *Vendimus ad tibi Domno Gomez bello, o domno Inneco, sub iusione domno Alvaro Abbati.*

6. DON IÑIGO.

Sucedió a D. Alvaro en 1087, y continuó en la Abadía hasta 1117. Mas debe advertirse que en el Becerro hay una carta de venta fechada en la Era MCXX, año 1092, en la que se dice que Domingo Geiza y su mujer venden un huerto en Valcuerna al Abad de Santa María de Valvanera D. Gómez.

A D. Iñigo llama la historia primitiva *Santo* dedicándole un capítulo con el epígrafe de *Santo Ennecone*, y diciéndose allí que obró varios milagros en vida y en muerte, como los refieren los historiadores de Valvanera.

De la Era MCXXVI, año 1088, es la donación que llaman de Santo Domingo de la Calzada al Abad de Valvanera D. Iñigo, y dice el donante que este Abad había sido su Maestro y Señor *Magistro meo et Domino meo*. Pero ocurre la dificultad de que D. Iñigo debía ser bastante más joven que Santo Domingo: éste murió el año 1109 a los noventa de edad, y el Abad el 1117, sin que la historia mencione su ancianidad. Cuando el fundador de la ciudad coepiscopal estuvo en Valvanera tendría veinte años y era Abad D. Munio, o acaso ya D. Nuño.

7. DON LOPE.

De este Abad dice Castroviejo que era de noble prosapia. En el Becerro sólo hay una escritura (1) en la que se cita su prelación, pero no tiene fecha. Lo colocamos como sucesor inmediato de D. Iñigo, porque así lo pone el traductor de la historia castellana.

8. DON BLAS.

Anteponemos este Abad a D. Juan, que en el catálogo latino aparece con el núm. 8, porque Don Blas o Velasco era el Prelado de Valvanera al hacerse entre este monasterio y el de San Millán el cambio de San Martín de Soto, donación de Alfonso VII al Abad D. Iñigo en el año 1116, por el de San Cristóbal de Tobia. En el Becerro de Valvanera hay una escritura incompleta y sin fecha en que se refiere este cambio entre el Abad de San Millán, D. Pedro con su convento y el Abad D. Blas de Valvanera. Fué D. Pedro Abad en San Millán desde el año 1118 al 1142 y sabemos que D. Blas lo era en Valvanera el de 1140; por consiguiente el cambio debió verificarse a los pocos años de la donación hecha por don Alfonso a Valvanera (2).

9. DON JUAN.

Según las escrituras ocupó este D. Juan la Abadía por los años 1158 adelante. En una del

(1) Tiene el número II y está en el folio 8 del Becerro.

(2) Facta... in ipso Castello novo ante Farum quando Didaco Lopez erat in guerra cum rege jam dicto Adefonso.

archivo de las monjas de Cañas, fecha en 1169, confirma *Abbas Vallisvenarie Johannes*.

10. DON DOMINGO.

A este Abad apellidan en el catálogo latino *de Mansilla*. En la Biblia llevada por Morales de Valvanera al Escorial hay una nota que dice: *Dicata fuit Eulesia Sancte Marie Vallisvenarie a Dom. Roderico Calagurritano Episcopo sub. Era 1221 mens sept. die 16 Calendas Octobris existente Domino Dominico Abbate qui fuit de Castellion*. Que el día 15 de Septiembre del año 1189 consagró la iglesia de Santa María de Valvanera, el Obispo de Calahorra D. Rodrigo, siendo Abad D. Domingo que fué de Castellón. También se le cita en el privilegio de Alfonso VIII referente a la Granja de Villanueva.

11. DON GÓMEZ.—12. DON DOMINGO DE CASTRO- VIEJO.—13. DON MAMÉS DE ALARCÓN.

Con estos nombres se citan en el catálogo antiguo. El P. Rubio llama igualmente *D. Gómez* alsucesor de D. Domingo Mansilla o Castellón, pero no trae al otro Domingo ni a D. Mamés, y pone a D. Alonso y a D. Nuño segundo. Justifica lo de D. Alonso diciendo: «En una Memoria que hay en nuestro Archivo se lee que un Abad de Valvanera llamado Alonso, hizo carta de Hermandad entre los Monjes de *Scala Dei*, Cartujos, y los de Valvanera.»

14. DON PEDRO DE NÁJERA.

Era Abad por los años de 1237, como consta por la donación del monasterio de San Pedro de To-

rrecilla y por otra escritura que corresponde al Pago de Mori.

15. DON JUAN DE TERRERO.—16. DON PEDRO DE YANQUAS.—17. DON NUÑO.

No conocemos documento alguno en que se hable de ninguno de esos tres Abades del siglo XIII; pero están consignados en los catálogos, y deben ser contados en el número de los preladados de Valvanera. Acaso un estudio más detenido del Archivo ofrezca pruebas de la existencia de esos tres Abades y de los años en que lo fueron.

18. DON JUAN SÁNCHEZ.

Ya hemos dicho que la primitiva Historia castellana y en verso no fué escrita por él, sino compuesta *en su tiempo*, sin que este tiempo sea el de 1282, cuando ya había muerto D. Juan, ni tampoco que se escribiese durante su prelación. Consta, repetimos, que en el año 1222 a 7 de Junio, el monje Juan Sánchez notificó a los vecinos de Anguiano la Bula dada por el Papa Inocencio III a favor de Valvanera, y consta igualmente que era Abad por los años de 1264 al 74. Tres escrituras hay en el Archivo de San Millán, una de 12 de Septiembre de 1264, otra de 21 de Mayo de 1265 y la tercera de 22 de Octubre del año 1274, en las cuales aparece la firma, y en la tercera también el sello de D. Juan Sánchez, Abad de Valvanera. Se ha indicado que él y su hermano D. Domingo eran naturales de Bobadilla y que estaban muy relacionados con D. Gonzalo de Berceo, de quien, a mi parecer, es la Historia antigua de Valvanera.

19. DON DOMINGO SÁNCHEZ.

Ninguno de los cataloguistas de Abades de Valvanera hace mención de D. Domingo Sánchez, el cual fué hermano de D. Juan, y mientras éste fué Abad, desempeñó el cargo de Prior mayor de aquel monasterio, y luego le sucedió en la Abadía, pues el 13 de Marzo de 1280 firma y sella una escritura del monasterio de San Millán con carácter y expresión de *Abad de Valvanera*.

CAPITULO VII

Valor histórico y literario de la antigua historia de Valvanera.

Aunque ya decimos en el Capítulo II que la Historia latina de Valvanera, como fiel traducción de la que en el siglo XIII fué compuesta en verso y lengua vulgar: *métrice in vulgari compósita*, no será inútil explicar lo que allí y en alguna otra parte de este pequeño estudio se indica.

Claro es que el valor histórico de la traducida radica en el original, y la de éste en la pureza de las tradiciones y verdad de los documentos que al versificador sirvieron de fuentes. La narración fué escrita en la primera mitad del siglo XIII, unos trescientos años después del hallazgo de la imagen, principio de la historia, y poco más de ciento después de la muerte del abad D. Iñigo, de quien se trata al final del relato.

Dice el autor que para escribirla tomó los datos de lo que referían los ancianos y de lo que se leía en varios códices. No sabemos si las antiguas tradiciones eran en los comienzos del siglo XIII meramente orales, o si ya estaban escritas en todo o en parte; esto último parece lo más probable. No hay duda de que al escribir la primera Historia se tuvieron presentes varios códices.

Ignoramos lo que en ellos se decía, porque no han llegado hasta nosotros. Desde luego puede afirmarse que no eran libros en que se narrase toda la historia de Valvanera, sino que en ellos se trataba de otros asuntos y contenían además notas referentes a la historia del monasterio. A no ser que la palabra *códices* deba traducirse por *documentos*, y éstos sean principalmente los consignados en el libro de Becerro, en que están copiados los privilegios y escrituras de donaciones, compras, ventas y cambios; pero casi todo el valor histórico del Becerro se reduce a preciosos datos para el Abaciologio.

Creemos, pues, que el gran fundamento de la primera Historia fué la tradición. ¿Se conservó ésta pura hasta el siglo XIII? Garantía de verdad y pureza de aquellas tradiciones es la existencia de un tan célebre monasterio como el de Valvanera, donde se había de guardar viva la memoria de lo acaecido en el hallazgo de la santa imagen y en la fundación del convento. De manera que el depósito de la tradición no estaba confiado solamente al pueblo, para que al transmitirse el relato de padres a hijos y de abuelos a nietos, sufriese notables alteraciones, hasta degenerar, como sucede a veces, en consejas.

Por otra parte, era D. Gonzalo de Berceo, a quien razonadamente atribuimos la obra, muy verídico, de lo que nos dejó varios testimonios en sus escritos. Hablando de cómo se llamaba la madre de Santo Domingo de Silos, dice: *El nombre de la madre decir non lo sabría, como non fue escrito non lo divinaria*. Y dice también al referir la milagrosa curación de un ciego: *En comarca*

de Silos, el logar non sabemos, avie un óme ciego, delli vos hablaremos: de qual guisa cegara, esto non lo sabemos. LO QUE NON ES ESCRIPTO NON LO AFIRMAREMOS. Otras varias pruebas pudieran aducirse de lo escrupulosamente que historiaba don Gonzalo.

Es cierto que algo puede perjudicar a la rigurosa exactitud en la expresión de los hechos la forma métrica; mas como ésta era en el maestro Berceo poco avasalladora y de fáciles consonantes, no hay para qué tener esto en cuenta.

Así como los historiadores antiguos ponen en boca de reyes y capitanes arengas fogosísimas que no pronunciaron y que son más bien alardes del ingenio de los autores, también D. Gonzalo? pone en labios de Nuño y de otros palabras y reflexiones que pudieran decir y hacer, pero que son, ante todo, manifestaciones de la piedad del escritor, quien al mismo tiempo ameniza la narración. Hay en la *Historia de Valvanera* monólogos, diálogos y expresiones que no parecen muy verosímiles, sin que esta observación afecte al fondo de la dicha Historia, ni a los sucesos que en ella se refieren, sino tan solo a detalles de frases y conceptos; pues si aquilatáramos las historias en la piedra de toque de una crítica sutil y despiadada, habría que desechar por completo gran número de relatos muy respetables y aun venerandos.

Respecto al valor literario de la *Historia de Valvanera* traducida por el Abad D. Domingo de Castroviejo, poco hemos de decir, pues sabido es que no fueron los primeros años del siglo XV época de buena latinidad. La obra del monje de Ná-

jera, Abad de Valvanera, pudiera tomarse como una excepción en aquel período. Se advierte allí un estilo con tendencias al clasicismo, y eso que las traducciones imponen cierta servidumbre de expresión; pero se ven en la historia latina de Valvanera tales abatimientos en la frase y en las palabras, que no se explica cómo esté escrita oda por aquel monje indudablemente culto.

Puede asegurarse, a mi parecer, que el ejemplar que ha llegado hasta nosotros no es el escrito o dictado por Castroviejo, sino una copia inexacta hecha con preciosa letra galicana por un buen pendolista, pero ayuno de latín. Hay palabras que ni siquiera son latinas, como *serra* aplicada a montaña, *serra yenna*, que no sabemos lo que significa, y hay giros tan detestables como el *vivebant satis cum labore, nam si panis erat illis*, etc. Tampoco debe ser del Abad Castroviejo el craso error histórico de que D. Fernando, rey de Castilla y León, era hijo de D. García.

A pesar de estos y otros defectos, todavía es, como ya dijimos, la historia latina de grande estimación, y mientras no parezca la castellana, o se encuentren documentos en contrario, el relato latino debe ser el texto en que se funden los que del santuario y monasterio primitivos de Valvanera escriban.

Nosotros, además de dar a luz la inédita historia latina, la hemos traducido al castellano, procurando atenernos a la letra y al sentido, sin pretender que nuestra modestísima labor resulte ni aun medianamente perfecta.

No se comprende por qué los primeros historiadores de Valvanera, que, según decían, tanto es-

timaban el trabajo hecho en tiempo de D. Juan Sánchez y puesto en latín por el Abad comendaticio, no lo tradujeron fielmente, sin involucrarlo con palabras y conceptos exclusivamente suyos y que aducen como texto de la *Historia*. Su intención sería muy buena; pero la buena intención no es fuente de verdad histórica. La verdad es lo que es, y la verdadera historia debe ser lo que es y no lo que nosotros pretendamos que sea. ¡Cuánto dañan a la historia los subjetivismos y los prejuicios!

Publicamos a continuación la *Historia latina de Valvanera*, hasta hoy inédita, y al final damos su traducción castellana.

En el ejemplar de pergamino escrito en el primer tercio del siglo XV no hay diptongos; sólo pone a veces cedilla bajo la e. Así, dice *Marię* por *Mariae*. También se lee *istoria*, *nichili*, *proicere*, *cogitavit* por *historia*, *nihil*, *projicere*, *cogitavit*.

Uno de los monjes que ahora residen en Valvanera copió fielmente en el mes de Julio de 1917 la historia primitiva con la misma puntuación del original. Esa copia es la que aquí transcribimos.

Historia latina de Valvanera

Incipit historia quomodo fundatum et initiatum fuerit monasterium Sanctae Mariae de Vallevariana juxta traditiones seniorum et contenta in diversis codicibus ordine multifario.

Locus ille nempe ad divini cultus augmentum a Domino praeservatus et inter maxima montium cacumina quasi in infimis ordinatus nullo ab olim colebatur habitatore; sed montium et arborum atque silvarum densitate horrida praeditus unius astutissimi serpentis aprorum ursorum atque luporum aliarumque ferarum plurium nonnunquam homines et pecora devorantium habitatio persistebat amoena.

Veruntamen inspiratione divina locus iste horribilis valde temporis tunc cedente decursu ad curiae coelestis obsequium sub invocatione et titulo Virginis Mariae modo qui (1) sequitur fuit redactus.

Fuit inquam temporibus illis Munio Honne homo perversissimus seditiosus valde et latrocinii continue inserviens hominumque necator crudelissimus qui de villula Montenigro communiter dicta extitit oriundus.

Cum autem ad humanae vitae sustentationem divitias nullatenus habuisset et more solito ex

(1) quo.

aliorum lucris cum furto et rapina vellet vivere nec vineas colere seu blada colligere cum laboribus corporeis praeoptaret, quadam die agricultorem unum iuga boum secum ducentem et semen suum seminantem hora jam tarda de longe prospexit. Cum autem huc atque illuc oculis turgidis circumspexisset et neminem alium vidisset, gaudio nimio repletus est credens armenta secum furtim asportare domino boum iter arreptorum vel etiam per violentiam ei tollere, si idem agricultor custodiae boum vel defensionis illorum se exponere procuraret, et de montis cacumine ad ima declinans unius rubi densitate nimia proximus agricultori latitavit subtiliter expectans lucrum acquirere bobus solutis et vespera occurrente.

Cum autem agricola praefatus nil de illo perversissimo homine cogitans semen suum seminare curaret, antequam semen in terra projiceret signo sanctae crucis suam frontem munivit dicens: In Dei nomine, Amen. O piissime Deus coeli et terrae plasmator qui cuncta ex nichilo creasti istud genus seminis quod in terram projicio fac quaeso germinare vivere crescere et ad messem cum multiplici fructu perducere dignare taliter quod ex fructu inde colligendo ministri Ecclesiae tuae portionem suam accipiant et pauperes alimoniis nutriantur ac etiam boni et mali decenter sustententur ut sic ab omnibus nomen sanctum tuum laudetur et benedicatur in sempiternum. Amen.

Et oratione completa suum semen curavit more solito seminare. Hoc vero Munio Honne in rubo latitans cum audiret, gratia Dei commota sunt

viscera ejus. Et dolens oppido de fore (1) factis per eum in antea perpetratis, prorupit in haec verba: Deterior sum cunctis hominibus et vita mea in iniquitate ducta est. Numquid aliquid de mundo facinus simile aliquando perpétravit sicut et ego perpetrare conabar? Homo iste laboribus assiduis inserviens ad sustentationem bonorum et maiorum dixit semen suum seminare velle, et ego nequissimus homo ejus armenta curabam ei inhumaniter asportare?

Succurre mihi, Virgo Maria, et obtine gratiam a Filio tuo gloriosissimo pro me misero peccatore ut de delictis poenitentiam agens vitam meam valeam emendare et gloriam consequi coeternam. De caetero namque carebo furta et latrocinia committere, nec curabo alicui damnum aut injurias inferre. Sed cogito pro posse bene facere. Post haec vero cum lacrimis et suspiriis maximis rubum in quo latebat exiit et subito arma cum quibus scelera perpetrare solebat fracta et conscissa in plures partes prope rubum dereliquit. Pergensque ad agricultorem cum humilitate et mansuetudine scelus quod contra eum insidiose et proditionaliter perpetrare cogitaverit propalavit et pronus in terra summis cum lacrimis et cordis gemitu veniam postulavit, videns autem agricultor praefatus hominem teterrimum et horribilem valde meditans quod ille esset Munio de quo plura sinistra et fore facta per oppida et castra referebantur quotidie, timore magno arreptus est. Timens illi forsitan accidisset mortis periculum, vel bonorum suorum pati jactu-

(1) Forte de furtis.

ram, confidens autem in Domino et accedens verba hominis illius tam humiliter tamque modeste prolata non simulata fuisse sed consona veritati respondit: Benedictus sit Dominus Deus noster qui coelum et terram ex nichilo procreavit et te ad tantam gratiam perducere dignatus est. Ille nempe tibi indulgere dignetur quidquid perperam gessisti verbo aut opere usque ad praesens tempus, et quod adversus me injuste committere nitebaris etiam indulgeo propter Deum, vade gratia divina suffultus et assueta reliquens amplius noli similia perpetrare, sed dolens de commissis stude, Altissimo ut tibi parcat, devotissime deservire.

Primum habitaculum.

Abiens vero Munio a probro viro consolatus et scelera committere renuit et expavit. Sed locum aptum ad Dei altissimi famulatum decrevit expetere festinanter. Sicque divina favente gratia gestum est quod ejus oculis in rupe grandissima juxta fluvium magnum nitide fluctuantem sita in territorio villae cui nomen Anguidanos comparuit concavum teterrimum et altum ubi decrevit ut anachoreta morari ut exolveret gratum obsequium Deo, habitavit ergo in praefatae rupis concavo per dies aliquos sua deflens peccata ac confidens in Christo impetrare ab illo animae suae salutem, ibique construxit ex lignis oratorium parvulum ad invocationem sanctae Columbae virginis contentus uno solo comite filio ejus infantiae constituto aetatae. Hic cum aquam de fluvio ad patris sui haustum deferre conaretur nullaque sibi tutior via immineret quam per sca-

lam ab eodem Munio constructam ad hujusmodi officium exercendum, incaute descendens et factus sui non compos, ad terram decidit, et sicut Domino placuit expiravit.

De obitu filii.

Defuncto autem filio et in eadem mansiuncula sepulturae tradito, solus vitam suam modico tempore duxit nocte dieque non cessans vigiliis et abstinentia pro aeternae vitae gloria consequenda corpus suum macerare. Tanta erat hujus viri vitae asperitas et devotio summa, quod ejus fama per adjacentia loca et etiam remota divulgabantur aperte, cujus viri vitae odore bono sic postulante probus vir Dominicus vita et moribus comprobatus ex oppido Brevivia originem trahens ad rupem praefatam iter arripuit. Et Munio inibi reperto in socium ab eo se suscipi instantia maxima postulavit ut animae suae salutem procurare valeret, quem sanctus vir laetus suscepit et vitam Domino gratam quandiu Altissimo placuit simul uterque tempore brevi duxerunt.

Revelatio Monasterii.

Quadam vero die cum probus vir Dominicus ut cibos expeteret ad vicina loca se transferret sanctus Munio in cella residens oculos mentis caelum usque protendens vidit in somniis angelum Domini propinquum et alacri vultu dicentem sibi: Surge, Munio, de corporis somno et relinquens rupem Triumvallium perge ad Vallemvenarum, ego quippe te dirigam in agendis ostendens ab hinc quid te oporteat facere. Noveris namque quod in profunditate ejusdem Vallis ad latus ma-

nus dextrae in directum meridiani solis quercum magnam ceteras arbores in altitudine maxima transcendentem reperies, ad cujus radices fons nitidus et perennis augmentum aut diminutionem non patiens indesinenter exoritur, intra arborem vero apes incolae favos plures habentes consistere dignoscuntur.—Arbore per haec signa comperta, in ipsius fonte emanatione clarissima arborem secare curabis et in ipsa sectione altare construes ad invocationem Virginis Mariae, facitoque ex lignis ipsius arboris imaginem Salvatoris nostri prout passus extitit in cruce, ut videntes compuncti corde de ejus passione condoleant et hujusmodi compassio ad vitam eis proficiat sempiternam.

Arbor etiam concava extitit et super apum examine atque favis imminebit tibi imago Virginis Mariae quae quodammodo Filium suum ad genua videtur gaudens et laeta mulcere, divina enim pietas non patitur ulterius quod dicta imago devotissima lateat, sed vult ut in publicum prodeat ob fidelium salutem animarum cum pluribus sanctorum reliquiis ab olim ibi reconditis: nichil in hoc dubites. Arbor ista ceteras omnes excedens designat Salvatorem qui cuncta coelestia et terrestria celsitudine sua et potestate in infinitum excedit, fontis vero perennitatem et emanationis continuitatem Mariam Virginem designare teneto, quae largitatis suae munere sitibundos famulos poculo dulcissimo suae perennis gratiae perpetuo satiare non desinit.

Hic ergo oratorium construere curabis quod per modici temporis decursum in monasterium virorum convertetur qui assidue preces effunde-

re pro virorum et defunctorum requie non cessabunt. Hoc autem attende ut non differas mandatum executioni debitae tradere ne deterius inde tibi contingat, hic nempe locus erit cunctis fidelibus ad cum peregre proficiscentibus peccatorum suorum remissio et indulgentia et tumulandis in eodem segura et quieta dormitio.

Et licet labor instet tibi grandis, divino auxilio mediante ad finem pervenies optatum, ad refectioem autem corporis cum in opere fueris assumes tibi ex favorum melle qui in arbore praelibata consistunt ne deficias in labore.

His dictis per angelum, sanctus vir licet aliquantulum a principio territus postea vero laetus effectus volens mandatum divinae vocis illico exequi et complere, concavi habitaculum deserens assumpsit sibi baculum at providens ne in deserti solitudine cibi defectu deficeret quare mandatum divinum forte debito modo non compleret. Et in ipso primo exitu flexo utroque genu preces ad dirigendos pedes suos in viam pacis et prosperitatis humiliter fundens et signo sanctae crucis se muniens prorupit in haec verba: Domine Deus omnipotens coeli et terrae creator qui Daniele de lacu leonum et Susannam de falso crimine liberasti exaudi me peccatorem miserum et indignum te precantem et libera me ab insidiis hostis antiqui ut viam meam nullatenus valeat impedire, seu opus meum quod inchoare et Deo opitulante finire dispono etiam in modico perturbare sed mittere dignare angelum tuum sanctum de coelis qui me custodiat dirigat et defendat et ad optatum finem me feliciter ducat, quod tu ipse praestare digneris qui vivis et gloriaris unus

Deus in Trinitate perfecta per infinita saeculorum saecula. Amen. Et completa oratione iterato signaculo sanctae crucis se devote munivit et arrepto baculo iter aggreditur viriliter confidens in pietate Jesucristi se ad finem operis inchoandi prospere pervenire.

Et Altissimo ducatum praestante pervenit magno cum labore juxta profundam vallem quae proxima est Vallivenarum. Et prospiciens in altum vidit procul arborem celsam sui altitudine ceteras arbores apparentes in quantitate maxima superantem. Credidit ergo vir Dei quod illa esset arbor sibi divinitus nunciata et gaudio magno repletus gratias exolvit immensas Altissimo Creatori eo quod tam feliciter et gaudenter dignatus fuit servum suum consolari. Via quippe ad arborem nulla sibi patebat, imo tanta veprium et diversi generis densitate locus ille ditatus erat, quod omnem hominem mundi timor magnus acciperet, non solum viam tanti laboris aperire sed etiam solum ibi consistere in momento vel hora.

Verumtamen vir Dei gratia superna suffultus ferro quod ad hoc duxerat aptum coepit arborum et veprium densitatem rarificare et semitam satis aretam prout potuit aperire quousque pervenit nimis laboriose ad rupem altam et rudem quae in ascensu vallis consistit et ibi aliquandiu requievit ac modicum oratorium sub invocatione Sanctae Crucis in concavitate rupis construxit, et ex isto habitaculo jugiter exiens viam ad locum designatum non cessabat posse tenus aperire.

Sancto autem viro opus incoeptum peragere cupiente, et in rupis habitaculo commorante, consocius ejus Dominicus qui de cibis exquiren-

dis ad rupem primi habitaculi redierat, cum non invenisset ibi sanctum virum, magna tristitia absortus est et coepit ejus inquirere vestigia circum jacentia loca visitans festinanter, et cum eum non reperisset nec ab aliquo potuisset de ejus inventione certus effici, credens quod non loca populosa, sed solitudinem ad Dei servitium expe- tiisset nutu divino etiam idem Dominicus per ripam fluvii ad partes celsas et montuosas coepit dirigere gressus, summe desiderans virum sanctum propriis oculis vivum vel saltem mortuum intueri et ei vivo reperto in Domino sociari, defunctum vero ecclesiastica tradere sepulturae et pro illius anima preces Altissimo porrigere juxta laudabilem Ecclesiae sanctae morem.

Recidit autem divina operante clementia, quod probus vir semitam a Munio Honne factam casu autem ejus oculo prospexit, et pergens per eam tanto itinere laborem sustulit incedendo, quousque virum sanctum reperit in rupis habitaculo praelibato. Cum vero ad invicem propriis luminibus se conspexerunt, gaudio summo repleti oratorium sunt ingressi inibi de tanta consolatione et mutua visitatione Altissimo Creatore gratias impendendo. Oratione completa, praefatus vir Dominicus sanctum Munionem affatur suppliciter in haec verba: Obsecro te, Munio, per fidem a Deo tibi traditam et per salutem animae tuae, quam praeoptas ac etiam praetextu grandissimae devotionis quam penes te habui et in posterum semper habere optavi quatenus michi licet indigno servo tamen et amico tuo fidelissimo quae fuit causa tui discessus a primae rupis habitaculo et quare in tam asperrimum solitarium et teterri-

mum locum te transtulisti, an concessione divina vel levitate aliqua hoc facere decrevisti non differas enarrare. Cui sanctus vir respondit: O frater virtuosissime et in Christo praedilecte si cupis nosse quae precaris, aures tuas inclina et diligenter attendens quaecumque dixerō tibi intimae cellulae cordis memoriter recommenda, et sic recommendata memoriae nemini pandas exoro: mysterium namque est divinum penitus non humanum.

Noscas nempe quod ex quo tu a primaevae rudis habitaculo nostro pro cibis exquirendis discessisti *angelum Domini* me consolantem vidi quamvis peccator assiduus immeritus et indignus, qui mihi viam istam arripere nunciavit, asserens hic de proximo quercu magnam et excelsum super omnes harum silvarum arbores me reperturum ad cujus radices fontem nitidissimum et perennem etiam prosilire infallibiliter dixit. Et arbore sic reperta favos et apes plures habente, curarem illam proscindere in cujus concavitate grandaeva figuram Virginis gloriosae ac figuram ejusdem Unigeniti Filii cum pluribus sanctorum reliquiis me etiam inventurum fore promisit. Et cum ista quae dicta sunt in veritate fuissent compta illico curarem super abscisa radice ipsius quercus altare et oratorium construere tenens firmissime quod ex praedicto oratorio monasterium vivorum Altissimo servitutorum incessanter nocte dieque in animarum fidelium requiem et salutem effici deberet.

Quibus et aliis per angelum mihi sic affatis, iter arripui gaudens et jucundus et usque ad locum istum Domino opitulante perveni. Nunc autem in-

dubie noscas quod arborem promissam propriis oculis jam conspexi et licet non multum a nobis distet, tamen densitas veprium et arborum in tantum valida et horribilis existit quod nisi magno cum labore nemo poterit viam ad designatum ostendere locum. Ego vero semitam aperire coepi, sed maximus adhuc superest labor ut ad optatum finem valeam pervenire. Haec tibi ut charissimo fratri teste conscientia veraciter patefeci et sicut a Domino tibi datum existit mihi si libet non differas consilium impertiri. Auditis ergo quae a Munione exarata fuerant, venerabilis presbyter Dominicus non sufficiens collaetari prorumpere in haec verba curavit: Sancte vir et a Domino praelecte, fateor me nosse quod opus geris divinum, nichilque aliud peragere curas nisi quod per Altissimi gratiam perlustraris, a Deo venisti in animarum fidelium plurium devotionem et salutem. Quapropter si jubes optime vir viam aperire aggrediar et licet ad praesens non immerito noscaris fatigatus ex labore, post aliquantam pausam auxilium Deo promittente praestabo, ut ex nostro continuo labore finis deveniat praeeptatus.

Completis ergo sermonibus hinc inde devotissime prolatis et modica corporis refectione sumpta, uterque opus coeptum continuis laboribus insudando sunt secuti, ac jugi labore nocte dieque insudantes famem sitim frigusque calorem libenter et placide sustinebant. At vero in tantum labor invaluit, quod Altissimi gratia cooperante ad fontem accesserunt et summo gaudio repleti arborem praescindere totis viribus sunt conati ac arbore praecisa et ad terram deducta apum mul-

titudinem invenerunt et aliququaliter ex favis ad corporum refectionem cibum quandoque sumebant. Demum vero in arboris concavo figuram Virginis et ejus gloriosissimi Filii conspexerunt, qua reverenter suscepta cum aliis plurimis sanctorum reliquiis locum aptum sunt perscrutati ubi praemissa sanctuaria reposita sunt. Suadente vero temporis cursu ex praefatae arboris lignis figuram Jesuchristi prout passus fuit in cruce cum aliarum imaginum solita comitiva fecerunt et paulatim oratorium modicum construere curarunt.

De adventu Sororis.

Dum vero probi viri suo persisterent in labore, casus evenit divina misericordia disponente, quod mulier quaedam nomine Columba Munionis soror unica suum fratrem carnalem videre cupiens diutius illum perquisivit et cum in castris et villis illum reperire nequiret ad eremi loca se transtulit et per viam a Munione apertam Domino ductore gradiens, accessit prope locum ubi Munio suum habitaculum in rupe tenebat. Et cum ulterius pergere vellet, lumen oculorum omnino perdidit, et sic obcaecata expavit, in tantum quod ultro pergere aut retrocedere seu stare vel sedere non erat in ejus posse nec deliberare poterat quod illorum ei expedientius foret. Et cum in tanta anxietate persisteret nec adujutorium viventis hominis in eremo verisimiliter expectaret, jam quasi totaliter desolata coepit clamore magno laudes altissonas intonare et plangens se planctu magno in haec verba prorupit: Infelix ego sum prae cunctis feminis in

hac vita. Dimisi namque omnem substantiam meam et filiorum solatium et fratrem dulcissimum expetere curans in valle caliginis et miseriae decidi. Quid misera femina in eremo praestolor, ubi nunquam hominum consortio gaudere potero nec ab hinc obcaecata abire? Lupo voraci tradar in escam aut ursinis dentibus lacerabor et nulla mihi patet via per quam ambulem nulla saltem rupis concavitas ubi latitem quousque Redemptor meus animam de corpore assumere dignetur. Succurre ergo mihi, Virgo Maria, et gloriosum Filium tuum exora ut ipse qui pro me mori dignatus est animam meam perire non sinat ex quo corpus meum donatum est morti.

Haec et alia cum caeca femina altis vocibus proclamaret, probus vir Dominicus in habitaculo rupis existens audivit quidem vocum clamorem quid vero hoc esset penitus ignorabat. Cogitabat quod aut esset vox hominis oberrantis aut clamor hostis antiqui eum decipere aut terrere curantis. Confidens tamen in Christi misericordia et signo sanctae crucis se muniens ad locum ubi misera femina proclamabat accedere curavit, et cum jam ad eam appropinquaret dixit ei: Per viscera misericordiae Domini nostri Jesu Christi et per ejus piissimam passionem te adjuro, ut an sis homo ex anima et corpore compositus an antiquus hostis de paradiso ad abyssum dejectus protinus edicas. Atque moesta femina respondit: Tu si homo ex parte Dei es accede ad me rogo ut tibi fortunam exponam et anxietatem qua tribulor. Cum autem vir Dominicus ad eam accessisset certus quod persona vivens in carne et anima non angelus malus foret et cum sic ipsius

feminae votum implesset, ait illa: O homo si ex parte Dei es te rogo per illum qui mundum redemit ut si nosti patriam meos gressus dirigas et ab hoc terribili et pavido eremo me educas, sum etenim misera femina de oppido Montisnigri procreata non a nativitate visu careo, sed nunc subito oculorum meorum lumine sum privata, Columba vocor Munionis Honne unica soror, fratrem namque videre cupiens et diu labores sustinens ad hunc heremum proh dolor! deveni, nunc autem ut nosco nec amplius videre fratrem nec ad propria redire poterò, immo et sororem ejus deperditam reor. Si potes me adjuva, sin autem me mori permitte. Quibus auditis vir Dei admiratus et illi compassus, dixit: valde gaudeo si Munionis soror es, ipse namque dominus et socius meus est et hic de prope nostrum habemus habitaculum, mecum pergito et illico ostendam tibi quem videre peroptas. At illa dixit: nec te videre valeo nec viam ire queo. Quomodo ergo videre poterò carens visu quem ut oculis meis prospicerem diu labores sustuli?

Vir autem Dei humanitatem feminae praestans et ejus manum sumpsit et ducatum praestitit. Accesserunt itaque ad rupis habitaculum quod non longe erat, et cum Munio de hac re non cogitans sororem suam cerneret subito ait illi: prosperitate fulgeat adventus tuus, Columba soror mea, unica praedilecta.

Admirari tamen non sufficio qua causa compulsus venisti et quomodo semitam dubiam in heremo rectam duxisti, exponas hoc exoro ut mens mea non persistat nimis in suspensio. Columba vero verbis sui cari fratris auditis et eo per ver-

borum prolationem cognito, dolorem oculorum aliquo modo rejiciens nec angustiae praeteritae prae gaudio inventi fratris meminens respondit: frater mi carissime, summa dilectio quam penes te habui me compulit te per heremi solitudinem quaerere itinere dierum septem laboriose valde et cum te per vicina oppida quaererem nec invenire quod optabam possem nescio quo casu ducta sum per arctam semitam et ad hunc heremum usque perveni. Et cum hic de proximo jam fuisssem et rupem quandam prospicerem, visum oculorum perdidit nimio dolore correpta, nunc autem quia oculis mentis non corporis intueor et in verborum prolatione ac vocis sono te meum esse fratrem agnosco, animus meus conquiescit, quia quod quaerebam inveni, sed si gratiam in oculis tuis conspexi, me consolatam ad propria dirige et si lumen oculorum recuperare valebo, laetissima permanebo, sin autem, in domo propria ducam vitam meam nimis anxiam cum gemitu et dolore.

Audiens autem Munio verba sororis tactus est dolore cordis et ejus infirmitati compatiens ait: Soror mea Columba ex verbis quae ex ore tuo processerunt tristis nimium sum effectus eo quod tale infortunium tibi accidit me quaerendo, verumtamen saepe contingit corpus humanum passiones aliquas tollerare, ne deterius illi forte contingat et ut anima salva fiat, signanter hoc in loco Deo sanctificando in te experior quod non tolleratur feminarum usus absque carum interitu vel poena. Et ideo tristari desine rogo sed potius in Christi nomine consolare nam qui permisit oculos obcaecari potens est et illis lumen perditum reddere.

Ingrediamur ergo more solito oratorium preces Altissimo humiles offerentes, demum vero refectionem corporum assumemus. Ingressi sunt itaque frater et soror oratorium ut Domino suas preces offerrent, et cum jam orare cessassent et inde exire vellent, gratia divina operante, Columba oculorum lumine restituto illaesa est effecta, intuensque fratrem jam ex aspectu cognitum, irruit in eum et amplexati sunt seipsos invicem valde laeti. Statim autem cibum cum gaudio sumpserunt venerabili presbytero comitante. Transacto autem noctis unius spatio Columba infirmitate corporis gravata exitit et juxta sancti viri propheticum sermonem post triduum prout Domino placuit expiravit. Sanctissimi autem viri licet de ejus morte moesti valde fuissent effecti, tamen corpus ejus devote susceptum in eodem oratorio sub invocatione sanctae Crucis constructo sepulturae tradiderunt ejus animam pie ereditur ab angelis lucis susceptam in coelesti patria locum aptissimum obtinere.

Istis itaque temporibus florebat devotio, humilitas pollebat, patientia etiam plurimas in hominibus reperiebat mansiones, veritas et justitia undique vigeabant.

Idcirco non debet quis admirationem sumere, si priscis temporibus viris aut feminis devotione simplicitate ac fide magna nitentibus promissione divina haecine revelarentur quae moderno tempore nobis tepidis et modicae fidei ac indevotis et sagacibus non immerito occultantur. Itaque

hujusmodi factum et horum virorum perfectione et devotione pollentium fama per adjacentia loca et etiam remota ex modica herba in grandem segetem pullulans ex excrescens subito resonavit. Ad cujus famae odorem dulcissimum multi devoti viri illico occurrerunt optantes oculis intueri quae auribus perceperunt. Cumque cernebant relata et audita persistere veritate, credentes sicuti erat factum hujusmodi nutu prodire divino, plures ex his propria relinquentes et heremum ad divinum cultum exposcentes in hoc vitam suam ducere festinarunt ob animarum suarum salutem poscendam.

Et cum in hujusmodi sanctissimo oratorio nondum fuissent habitacula constructa nec reddito quantumcumque modico fuisset donatum, omnes isti quotquot undique venerunt in montibus se collocare curarunt ex herbarum et modico panis cibo et Altissimi gratia sua corpora sustentantes, sed adveniente dominica die omnes indistincte ex tuguriis ad oratorium accedebant divinum officium audituri et communionem sanctam devote sumpturi. Cum autem spirituali cibo tam in officiis divinis quam in devota praedicatione fuissent cibati, hoc de venerabili presbytero Dominico ministrante confestim habitacula sua exposcebant, in quibus devote morabantur, donec decursu totius hebdomadae sequentis completo in dominica die iterato more solito ad oratorium concurrissent.

Consilium ad Ecclesiae constructionem.

At vero cum sanctissimi viri vitam hujusmodi satis arctam aliquamdiu pertransissent, ubi her-

barum et fructuum arborum abietum scilicet aut quercuum cibo ac raro pane contenti erant.

Et venit casus et (1) una dierum dominica oratione completa et divinis expletis officiis, probus vir Dominicus ceteros fratres affaretur in hunc modum: Viri carissimi et Dominum timentes, decens mihi videtur et animabus valde salutare, si ex modico oratorio latiorem ecclesiam construxerimus. Icirco rubi et veprium densitatem maximam ut poterimus evellamus et ecclesiam cum Altissimi gratia sub titulo Virginis Mariae aedificare curemus, opus nempe dignoscitur pietate suffultum. Et qui virtuosior erit latius operetur, alii vero imbecilliores etsi modico utantur labore, non tamen propterea contristentur consilium vobis impendo ex quo peccatorum indulgentiam poteritis obtinere, praeceptum autem non injungo. Rogo devotiones vestras, ut si quae dicta sunt auribus vestris applacident, ea curetis exequi et opere complere.—His dictis, unus ex fratribus Petrus nomine vita et moribus approbatus, quia antiquior et praestantior erat ad aliorum fratrum respondit: Pater sancte Dominice, quae ex ore tuo prodisti divinitus forsitan advenerunt. Sed si non senseris ad molestum, omnes simul negotium masticabimus, et prout Dominus dederit quid in hoc senserimus tibi curabimus proptinus propalare.

Ex consensu igitur et beneplacito sancti viri Dominici omnes simul consilium inierunt, et motum probi presbyteri sanctum decreverunt quominus eorum aliqui ut opus consultius construe-

(1) ut.

retur non tum omnino contradicentes haec verba protulerunt: Viri patres et fratres carissimi attendite considerandum est ut inchoato operi debitus finis imponatur, quia licet sanctus presbyter sancta ex ore suo produxerit, si tamen defecerimus coepto aedificio prae inopia, cunctis de hoc notitiam habituris erimus in eludium et derisum, quapropter quo ordine quibusve modis finem poterimus usque pertingere caute pensemus. Unus vero piae conversationis et vitae profectae difficultati propositae respondit dicens: Non obstet si placet quo motivo sancti presbyteri opponitur ex adverso. Sumus namque viri centum sex vitam heremiticam perducentes inter amicos et cognatos animalia singula ad onera tolleranda perquiramus, de summitate collis lapides adducemus, densitatem rubi veprium et arborum ut locus pateat ad ecclesiam construendam funditus praescindemus, et sic divino auxilio succurrente ad optatum finem perducemur.

In hoc ergo consilio unanimiter concordarunt et sancto presbytero tradiderunt responsum dicentes: Sancte vir Dominice, verba oris tui auribus nostris illata valde nos laetos efficiunt, quapropter jube quid agere debeamus et quod facturi sumus illico inchoemus.

Cum autem sanctus presbyter responsum gratum audivit, dixit eis: Feliciter valeatis, carissimi fratres eo quod ad divinum obsequium mentes vestras et corpora tam libenter tamque gratanter offertis, prosit enim hoc vobis ad remissionem et veniam omnium peccatorum vestrorum. Concordato igitur facto, omnes inde per loca vicina perrexerunt, instrumenta ferrea ad lapidum et

terrae concisionem apta et jumenta oneribus lapidum et lignorum asportandis circumquaque quaerentes et cum jam necessariis ad operis sui profectum se munitos con spexissent, ad sanctum presbyterum sunt reversi et illico Christi nomine invocato opus desideratum viriliter sunt aggressi. Quidam autem vepres et arbores praescindebant, alii autem terram fossoribus et sarculis lacerabant, nonnulli etiam majorem peritiam habentes lapides confringebant et fundamentum ecclesiae apponere ac parietes summo studio construere curabant. Sicque factum est divina operante gratia quod densitas veprium et celsarum arborum in raritatem est versa atque rigorositas et asperitas terrae planitiem gratam susceperunt et opus incoeptum ad incrementum non modicum est adductum, fontem vero perennem qui ad radices arboris et altaris fluebat, ne fabricantes impediret aut fabricatum opus fortasse diriperet per canalium transitum ad ima descendere coegerunt, ubi clare et dulcissime usque in hodiernam diem non desinit emanare.

Fugit Munio ad covan de «Alambre».

Venerandis itaque fratribus opus suum posse tenus fabricare et ad finem perdurare curantibus, sanctus vir Munio qui tanti boni causa extitit et initium cupiens in arctiori etiam loco vitam suam votive ducere ac considerans mandatum angelicum imo divinum sibi injunctum fuisse completum necnon copiam proborum fratrum advenisse qui Christo famulari curantes opus incoeptum ad finem perducere peroptabant, vitam elegit solitariam et pergens per vallem ad partes

superas juxta alveum nitide fluctuantem ad sinistram partem alvei concavum reperit sibi gratum ubi species metalli «alambre» nuncupati videtur aequaliter apparere.

Sed quia vena inutilis reperitur nemo cogitat metallum inde quaerere nec ibi laboribus insudare. In cova serpentem astutum reperit qui nutu divino cessit locum sancto viro, et inde recedens ne amplius more solito hominibus aut jumentis pernoceret precibus viri sancti protinus expiravit. In hoc rupis concavo vilibus pannis vestitus asseritur triennio vixisse famem et frigus libenter tollerans ac coelesti cibo et gratia Dei cibatus potiusque escis silvestribus quibus vescebatur libenter ut coelestem requiem in superna patria adipisci valeret.

De inventione corporis exanimis in cova.

Cum autem de sancti viri habitaculo nemo fratrum aliquid scire potuisset, quamvis laboriose fuisset quaesitus, accidit quod nocte quadam fratres aliqui qui in diversis cellis non multum longe morabantur, lumen maximum ad modum grandium candelarum incesarum ultra profatum alveum conspexerunt ex quo non modicum admirantes quidnam hoc esset penitus ignorarunt, illa nempe hora sanctum virum in manibus angeli secundum ea quo secuta sunt pie creditur spiritum emisisse, quatrduanus enim erat in concavo exanimis quod nemo fratrum cognovit, donec angelica voce sancto presbytero Dominico extitit revelatum, ut sanctum virum jam mortuum expe-tere et laboriose ultra fluvium pergens ad sinistram deviaret corpusque exanime in rupis con-

cavo repertum more sanctae Ecclesiae honorifice traderet sepulturae Revelatione vero percepta sanctus vir desiderans angelicum adimplere mandatum et socium praedilectum quamvis mortuum propriis obtutus intueri, fluvium ultra transivit. Et Munionis corpore exanimi in cova reperto planctum magnum planxit super eum cognoscens aperte ex sancti viri obitu grave damnum fratribus advenisse cujus praesentia utilis fuit cognita et fuisset ulterius necessaria valde, si occulto Dei iudicio hoc in aliquo non obviaret, dicebat namque nimis dolesco super te propter Munio sancte, non propter tuum obitum sed propter me et propter alios quos nondum ut decet instructos nec in vivendi norma formatos ut agnos inter ferocitatem lupinam deseris anxios et molestos.

Mors rapax nemini parcens te etiam de medio auferre curavit, non eam odio habuissem si nutu divino me tecum duxisset, mori tamen contra dispositionem divinam nequeo, vivere molestum gero. Exoro te autem ut qui coelis collocatus crederis pro me tuo aliquando indigno socio intercedere digneris.

Noctem unam honoratus vir Dominicus duxit in cova plangere et orare non desinens.

Cum autem lux dici clarere coepit ut melius potuit laboriose tamen foris covam exanime corpus adduxit et voces que rulas covam convicians nimio cordis dolore tactus emittere non pavebat, demum in Dei gratia confisus quod ei auxilium praestaret ad deferendum corpus sanctissimi viri ad monasterium manus ad corpus apposuit et eo humeris et dorso imposito iter ad monasterium arripuit. Sed ex quo fluvium pertransivit et ali-

quantulum inde suum continuaverit iter, omnia signa monasterii majora pariter et minora subito sonuerunt, quod cum ad congregationis devotae notitiam pervenisset, mirari valde coeperunt quomodo nemine campanas pulsante eosdem per semetipsas sonos ut apparebat querulos emittebant.

Probus vir Dominicus ultra fluvium cum corpore positus quia prae labore grandi fatigatus erat modico quievit spatio. Et cum aliquantulum respirasset, iterato corpus assumpsit et ut magis prope monasterium potuit illud collocavit et pallium quod sanctus presbyter gestabat super corpus apposuit, et loco illo corpore dimiso ad monasterium accessit, reperto vero patre congregationis, nondum erat abbas aliquis creatus, licet viri religiosum ducebant habitum et oratorium habebant cum cimiterio, vocatisque fratribus coram omnibus prorupit in haec verba: Pater virtuosissime ceterique carissimi fratres, vestris notum facio reverentiis et virtutibus quod sanctus vir Munio Honne prout Domino placuit in cova de «Alambre» defunctus est et per me peccatorem et indignum repertus cujus corpus beatificum gratia divina suffragante non longe a monasterio coopertum clamyde collocavi, maximum donum vobis affertur maxima gratia e caelis vobis donatur quia sanctissimum corpus nostri patris et patroni quem perditum putabamus hodierna die repertum vestris manibus praesentatur de cujus sanctitate tam ex experientia suae sanctissimae et asperrimae vitae quam etiam ex signorum monasterii pulsatione absque aliquo ut videtis hominis tactu nemo permittitur dubitare.

Ipsè enim hujus horribilis heremi primus populator et ecclesiolae fundator et aedificator extitit. Suscipiatur ergo ejus corpus ab omnibus honorifice et tradatur ecclesiasticae sepulturae.

Pater vero auditis quae per probum virum illi totique congregationi fuerant mirabiliter enarrata flere non respuens in suspiria coepit adire et visceribus omnium commotis erumpebant in lacrimis super fratre suo praedilecto et dixerunt ei de hujus corporis inventionè qualiter tibi soli revelatum fuerit fidem damus de ejus autem sanctissima vita et signorum miraculo non tantum propter tua dicta credimus sed quia ipsi vidimus et omnia esse vera cognovimus ab experto. Et ideo absque mora nos convenit dictis tuis et huic pietatis officio operam dare. Mox igitur pater jussit fratres sanctis vestibus indui et sollemni processione ordinata, triginta viri religiosi maximo cum honore sanctum corpus detulerunt ad monasterium ubi cetera religiosorum caterva cum officio sollemniter decantato illud devote suscepit, quod et in basilica sanctae crucis prope dictum monasterium constructa sepulturae traditum est, juxta intentum sancti viri qui in eadem basilica longe aute se decreverat sepeliri.

Non est itaque ab aliquo desperandum etiamsi se noverit grandium criminum mole et eorum multitudinis pondere praegravatum, nam hic homo valde scelerosus extitit saevis et vitiis libenter inserviens, attamen divina gratia cooperante ut alter Paulus ex persecutore ferocissimo in virum devotum est conversus et ex lupo devorante agnus mansuetus effectus.

Cum quo, ut ipse poenituit, si poenituerimus,

in coelesti requie, ut ille gaudet et nos indubie poterimus congaudere.

De obitu Dominici prebisteri capitulum.

Probus etiam vir devotusque presbiter Dominicus post obitum sancti Munionis aliquandiu vixit et cum placuit Altissimo post plures et assiduos labores ab hac luce migravit, cujus anima requievit in pace corpore in communi dicti monasterii cimiterio sepulturae traditum cum honore.

His itaque gestis viri religiosi honestam vitam ducentes circa opus incoeptum diligentiam adhibebant, nam lapides ad ecclesiae constructionem decentes et opportunos de summitate serrae singulis bestiis adducebant et die nocteque laborare non renuebant, quosque per Dei gratiam ecclesiam cum principali capella et cum aliis duabus capellis hinc inde confectu fabricarunt (1).

.....
..... ad propria redierunt cum honore ubi Altissimo gratum impendentes servitium laudabiliter Domino servierunt ut vitam adquirerent sempiternam.

Post obitum Regis Garciae regnaverunt filii ejus in Navarra Sanctius, et Ferdinandus in Legionem, tempore isto currebat annus Incarnationis millesimus sexagesimus primus.

Numerus fratrum diminutus.

Numerus vero fratrum erat centesimus tertius absque praefato Abbate Sanctio viro virtute et

(1) NOTA. Hasta ahí llega el final de la hoja 15.^a; cortaron las 16, 17 y 18, comenzando la entonces 19 y ahora 16 con las palabras *ad propria, etc.*

gratia undique fulto, qui praeter eleemosynas piae gentis nullos alios redditus habentes praeter Villamnovam a piissimo Rege Garcia eis donatam vivebant satis cum labore, nam si panis erat illis, vinum nullum saepe erat, quod si vinum abundabat, panis etiam deficiebat.

De inedia ciborum.

Sic etiam accidit his qui modernis temporibus ibi degunt, licet aliquo modo in redditibus magis abundant, nec mirandum cum fere omne comestibile seu potabile praeter aquam, et quidquid ad provisionem et honorem dictae domus creditur necessarium hoc totum dorsis jumentorum magnis cum laboribus asportatur per maxime hiemali tempore cum montium cacumina nimis nivibus sunt operta et itinera satis arcta et periculosa gelu et glacie sunt ditata: nemo cognoscit nisi solus Deus et religiosi ibi morantes quantam inediam sustinent et laborem propter Deum, a quo post molestias hujus vitae confidenter sperant retributionem laetam accipere et gloriam sempiternam.

De Sancto Ennecone.

Decursu temporis succedente fuit in dicto monasterio abbas sanctissimus Enneco nomine qui ad videndum pecora sua quae jam incipiebat domus ista possidere cum ceteris, ex monachis exivit a monasterio et repertis armentis in territorio quod dicitur Sanctus Joannes de Salguero, gavisus est quia prosper successus erat illis, et hora jam tarda pro se et suis monachis cibos exposcit ad corporum adjumenta, sed quia locus

populosus longe distabat nil aliud eis offertur ad manducandum quam fuscus panis sigali et lac ex ovibus derivatum, quod vir sanctus aliquantulum moleste sustulit non propter se sed propter manachos suos quos desiderabat amplioribus cibis consolari. Verumtamen veniam exposcens coepit illos rogare ut cibos praedictos cum caritate susciperent et Deo grates impendere non cessarent. Cui viri religiosi compatiens dixerunt: Abba, devotissime, pater noli tristari propter nos, imo potius nos ipsi propter te tristamur, scimus quidem te desiderare nos plenius reficere, sed si locus non patitur nullatenus contristeris.

Audito fratrum oraculo, sanctus vir lacrimis insudabat, sed magnum quidem tunc Altissimus miraculum dignatus est operari, cum vix verba finita erant et ecce aquila volitans in aera quae piscem magnum suis unguibus pressum adducebat, et super viros devotos adveniens, piscem permisit ad ima declinare et coram abbate plorante suscepit occasum.

Tunc abbas hoc divinitus gestum intendens, piscem ad igneas prunas parari iussit et illum a fratribus in cibum assumi, de quo sanctus vir etiam modicum gustare voluit, imo subito infirmitate corporis est detentus et a loco illo usque ad sui obitum non extitit immutatus.

Mirandum quoque est, nam ranarum copiae in lacu propinquo morantium, quae magnis clamoribus viro sancto ultra morbum perpeccatum oppido fastidium dignoscebantur afferre, ex verbis ejusdem ostensa molestia quam ex dictis ranarum clamoribus se sustinere dicebat, illico ad mortem devenerunt, quod fratribus et aliis plu-

ribus ibi existentibus fuit manifestum. Hoc mirabile Dominus evenire permisit non quia vindicta locum obtineret, sed ut sanctitas viri foret merito declarata. Quatriduana die infirmitate acuta laboravit et quinta die lucescente ut Domino placuit expiravit, planctum magnum fratres et familia cuncta non immerito fecerunt propter obitum viri sancti per quem bona monasterii temporalia sumpserunt incrementum maximum et cultus divinus etiam valde fuit augmentatus.

Aestas nimia pro tunc vigebat et quia absque foetoris taedio corpus integrum ad monasterium attrahi nequibat, viscera ejus magna cum devotione fuerunt extracta, et in loco illo heremo tradita sepulturae. Ad cujus viri sanctitatem magis elucidandam miranda quoque alia frequenter evenire solebant, nam boves et oves aut alia animalia quaeque super reliquiis sancti viri gradientia morte subitanea rapiiebantur, donec in eodem loco ecclesia satis honesta sub invocatione sancti Joannis extitit fabricata et locus etiam populosus de Salguero ibi est effectus, ubi Dominus propter merita sancti viri magnas virtutes operatus est, et locus ille ut vere sanctitate ditatus devotione maxima et a pluribus honoratur. Corpus itaque sancti viri prima nocte in serra yenna fuit collocatum et sequenti die ad monasterium fuit delatum, ubi sollempniter et maximo cum honore ut decebat susceptum in superiori monasterii claustro traditum extitit sepulturae, et quia decursu temporis ejus tumulus quis vel ubi esset minime noscebatur, per miracula occurrentia fuit demonstratus, quando animalia super dictum tumulum transeuntia subito peribant

et ex hoc repertus tumulus maximo pro nunc veneratur honore propter cujus virtutes et merita nos qui vivimus et residui sumus orthodoxa fide lustrati sanguine Filii Dei piissime redempti vitam mereamur obtinere in altissimis sempiternam.

Historia ista in vulgari et materna lingua fuit composita tempore Joannis Sanctii dicti monasterii abbatis lucidissimi, qui numero decimus octavus computatur, anno Domini tunc currente millesimo ducentesimo octogesimo secundo.

De anno.

Postea autem in anno Domini millesimo quadringentesimo decimo nono mortuo Sanctio abbate qui numero vigesimus quartus fuit, virtutibus undique fulto, fuit assumptus in abbatem de monasterio Sanctae Mariae de Nagera Dominicus de Castro veteri in Decretis bachalarius minimus qui per decennium et ultra vices explevit generales pro Reverendissimo Patre Domino Didaco de Astuniga Episcopo Calagurritano tunc et Calceatensi. Praefatus igitur Dominicus abbas considerans quod dicta historia metrica in vulgari composita non nimis applaudebat mentibus peritorum, ideo de vulgari in latinum eandem historiam prout ei desuper fuit donatum transtulit et dictavit, rogans intuentes seu quosque legentes quatenus non verbum ex verbo sed sensum ex sensu accipere condignentur ut verborum mente concepta efficiantur devotione praeclari erga domum istam quae infirmorum medela pia, moestorum consolatio, cunctorumque eam expetentium remedium dignoscitur existere praeoptatum.

Abbates.

Abbates vero, qui Domum istam gubernarunt fuerunt numero viginti quatuor.

Primus namque fuit Sanctius probitate fultus.

Secundus Dominicus in eadem domo nutritus.

Tertius Munius devotione praecipuus.

Quartus fuit Munio administrator optimus.

Quintus Alvarus qui in domus utilitate multum extitit operatus.

Sextus fuit Enneco sanctitate nimia ditatus.

Septimus Lupus de nobili genere procreatus.

Joannes fuit octavus moribus adornatus.

Nonus Velascus pater merito venerandus.

Dominicus de Mansilla probitate fultus decimus computatus.

Gomezius fuit undecimus vir doctissimus et gratus.

Duodecimus fuit numero Dominicus de Castro veteri domui utilissimus, vultu quoque jucundus.

Mames de Alarcon fuit tredecimus facie et opere venustatus.

Quartus decimus Petrus de Nagera vir mitissimus et benignus.

Joannes de Terrero quintus decimus habetur, a quo domus ista magnum suscepit incrementum.

Sextus decimus Petrus de Yanguas virtute et gratia ornatus.

Decimus septimus fuit Nunño partibus in his procreatus.

Decimus octavus Joannes Sanctii operosus valde et a fratribus adamatus.

Lupercius fuit decimus nonus vita et moribus honestatus.

Vicesimus Velasius ingenio acutissimus domum utiliter regens.

Petrus de Anguidanos fuit vicesimus primus qui ob Dei servitium vitam duxit laboriosam.

Martinus fuit vicesimus secundus in Salguero genitus et operosus.

Vicesimus tertius fuit Rodericus de Matute nobilis genere sed nobilior opere, cujus ingenio et subtilitate locus Anguidanos a Monasterio fuit comparatus.

Sanctius de Orduña fuit vicesimus quartus vir generosus et domui ante senectutem bene proficiuus, sed cum in senium devenit, fere factus est inhabilis et per provisores regebatur monasterium; utinam fuerit utilis gubernatio.

Post tantos patres et dominos successit in abbatem his qui loquitur Dominicus de Castro veteri vigesimus quintus anno Domini praefato millesimo quadringentesimo decimo nono, qui tantum immeritus et indignus veretur merito abbatis nomine nuncupari, valde tamen afficitur domi commodis insudare, et licet humana fragilitas assueta corpora fastidise noscatur aliquantulum praepedire, confidit tamen in divina misericordia quod praestabit illi corporis et mentis vigorem ut quod bene praeoptat opere compleatur.

EXPLICIT.

TRADUCCION

de la primitiva historia de Valvanera

Comienza la historia de la fundación y principios del monasterio de Santa María de Valvanera, *escrita* según las tradiciones de los ancianos y lo contenido en diferentes códices con variado enlace.

Aquel lugar elegido por el Señor para que allí se le diese creciente culto, y que está situado en las vertientes casi infimas de montañas muy elevadas que le rodean, era antiguamente inhabitable, sirviendo sólo de amena guarida a una astutísima serpiente (1), a jabalíes, osos, lobos y otras muchas fieras, que entre las espesuras de aquellas espantosas selvas se ocultaban, asaltando a veces y devorando hombres y ganados.

Pero este horribilísimo sitio se transformó con el transcurso del tiempo en morada de la curia

(1) Como el autor era eclesiástico y muy versado en la Sagrada Escritura, aplica a la serpiente el calificativo de *astutissima*, recordando a la que en el Paraíso fué llamada por el Espíritu Santo *callidior cunctis animantibus*, la más astuta entre todos los animales. Tal vez al mencionar el historiador que en aquel sitio había una serpiente muy astuta, simbolizó la idea de que allí habitaba entonces el demonio. De ahí la antítesis que luego establece entre aquel horrible lugar, morada antes del enemigo y transformado luego en mansión de los ángeles o de la *Curia celestial*.

celestial donde los ángeles obsequian a su Reina bajo la invocación y título de la Virgen Maria *de Valvanera*, lo cual sucedió del modo siguiente:

Había en aquellos tiempos un hombre perversísimo y muy sedicioso, ladrón de oficio y cruelísimo homicida. Llamábase Nuño Oñez, y era natural de una pequeña aldea conocida con el nombre de Montenegro. Carecía de bienes propios para mantenerse, y en vez de dedicarse al cultivo de los campos y a recoger honradamente los frutos con la fatiga de su cuerpo prefirió vivir de lo ajeno mediante el robo y la rapiña.

Sucedió, pues, que cierto día, *estando al acecho en una altura*, vió de lejos a un labrador que, ya bien entrada la mañana, venía guiando una yunta de bueyes para sembrar *de trigo* su heredad. Abrió desmesurados ojos mirando por todas partes, y no viendo a nadie más que al dicho labrador, se regocijó pensando en llevarse la yunta furtivamente cuando el dueño se marchase, o quitársela con violencia en el caso de que se quedara a custodiarla o tratase de defender su propiedad. Con esta idea dejó la cima del monte, y deslizándose hasta la parte más baja se escondió entre la gran espesura de unas bardas próximas al lugar donde estaba el labrador, esperando echar mano a su presa tan pronto como a la tarde quedaran sueltos los bueyes.

Bien ajeno de pensar en aquel hombre perverso *que le acechaba*, dispúsose el labriego a hacer su siembra, y antes de esparcir la semilla se santiguó diciendo: «En el nombre de Dios. Amén. ¡Oh Dios piadosísimo, criador del cielo y de la tierra, que sacaste todas las cosas de la nada! Ha-

ced, os ruego, que esta semilla que entrego a la tierra, germine, viva y crezca, y os dignéis llevarla a perfección con mucho fruto; de tal modo, que de él perciban su parte los ministros de la Iglesia, se alimenten los pobres, y buenos y malos tengan también decente sustento, para que así vuestro nombre sea alabado y bendecido por todos eternamente. Amén.» Terminada esta oración, comenzó a sembrar, según se acostumbra.

Oyó el bandido oculto en el matorral toda esta súplica, y en aquel momento la gracia de Dios conmovió su corazón, y doliéndose íntimamente de todos sus crímenes y fechorías, prorrumpió en estas palabras: «Soy el peor de los hombres, pues mi vida toda no es más que un tejido de iniquidades. ¿Habrá habido alguno en el mundo que haya preparado un crimen semejante a este que yo trataba de cometer? Este hombre, dedicado a continuos trabajos, dice que siembra para sustento de buenos y malos, y yo, malvado, quería arrebatarse inhumanamente su yunta... Socórreme, Virgen María, y alcanza de tu gloriosísimo Hijo la gracia para este miserable pecador, a fin de que haciendo penitencia por mis pecados, pueda enmendar mi vida y conseguir la gloria eterna. De aquí en adelante no he de cometer ya más hurtos ni latrocinios, y procuraré no injuriar ni hacer daño a nadie; antes, al contrario, me esforzaré en hacer bien a todos.»

Al punto salió Nuño de su escondrijo derramando copiosas lágrimas y exhalando profundos suspiros; rompió hasta hacer añicos las armas que consigo llevaba y con las que solía cometer sus crímenes, arrojando los pedazos allí mismo

junto a la zarza. Dirigióse entonces al lugar donde estaba el labrador, y con humildad y mansedumbre le manifestó lo que insidiosa y traídoramente había pensado cometer. Y postrado en tierra le pidió con muchas lágrimas y gemidos que le perdonase.

Al ver el labrador ante sí a un hombre de tan horrible aspecto, pensó si sería el Nuño, *terror de la comarca*, de quien tantos siniestros cometidos diariamente en poblados y despoblados se contaban, y quedó sobrecogido de espanto, temiendo llegado el fin de su vida o la pérdida de sus bienes. Sin embargo, confiado en el Señor y fijándose en la humildad y modestia con que aquel hombre se había expresado, juzgó que sus palabras no eran fingidas, sino sinceras, y así le respondió: «Bendito sea Dios Nuestro Señor, que de la nada sacó los cielos y la tierra, y que se ha dignado concederte tanta gracia. Que El se compadezca de tí y te perdone cuanto malo has hecho hasta este momento, ya de palabra, ya de obra, en particular lo que tan injustamente tratabas de hacer contra mí, lo cual te perdono yo también por Dios. Anda en paz, y ayudado de la divina gracia deja tus malos pasos y no vuelvas más a ellos; antes bien, doliéndote de todas tus maldades, conságrate devotísimamente al servicio del Altísimo para que te perdone.

Primera mansión.

Salió Nuño tan consolado de la presencia de aquel buen hombre como espantado y arrepentido de todos sus crímenes. Decidido a buscar inmediatamente un sitio a propósito para dedicar-

se, *oculto en él*, al servicio del Altísimo, quiso la gracia divina ofrecer ante sus ojos una roca muy grande que estaba a orilla de un río de abundantes y cristalinas aguas en territorio de una villa denominada Anguiano. A cierta altura de aquella peña se descubrió una horrorosa concavidad, y allí determinó Nuño hacer vida de anacoreta, rindiendo homenaje de acción de gracias al Señor. Por espacio de algunos días habitó en el hueco de aquella roca, llorando sus pecados y confiado en alcanzar de Cristo la salvación de su alma. Construyó un pequeño oratorio de madera dedicado a Santa Columba, virgen, y allí estaba contento sin más compañía que la de un hijo suyo, el cual aún no había salido de la edad de la infancia.

De la muerte del hijo.

Trató el niño de subir agua del río para que su padre bebiese, y no teniendo otro punto por donde hacerlo sino la mala escalera que para aquel efecto había armado Nuño, bajando por ella descuidado y sin darse cuenta, cayó a tierra, y permitiéndolo así el Señor, expiró.

Muerto el niño y sepultado en la misma cueva, quedó solo Nuño por algún breve tiempo, macerando su cuerpo incesantemente día y noche con vigiliass y abstinencias para poder conseguir la gloria de la vida eterna. Tanta era la austeridad de su vida y tan grande su devoción, que no sólo por los pueblos circunvecinos, sino hasta por lugares muy remotos, se iba divulgando la fama de su santa vida. Atraído por el buen olor de las virtudes *del penitente*, se dirigió a la cueva de la

roca un varón justo de intachable vida y costumbres, llamado Domingo, natural del pueblo de Brieva, el cual pidió a Nuño con grandes instancias que le recibiese en su compañía (a fin de salvar mejor su alma). Gozoso le aceptó por compañero el anacoreta, y ambos hicieron allí, aunque por poco tiempo, vida muy agradable a los ojos del Señor.

Revelación del monasterio.

Cierto día en que el virtuoso Domingo andaba por los lugares vecinos en busca de alimentos, quedó el santo Nuño en su cueva, donde levantando los ojos de su alma al cielo vió en sueños muy cerca de sí a un ángel del Señor que con alegre semblante le decía: «Despierta, Nuño, deja la roca de Tresvalles (Trómbalos) y yete a Valvanera. Yo dirigiré tus pasos, y te manifestaré lo que de ahora en adelante debas hacer. Porque has de saber que en lo hondo de aquel valle, a mano derecha y con dirección al Mediodía, hallarás un grande roble (1) que sobrepuja en elevación a los demás árboles. A sus piés una fuente de cristalinas y perennes aguas, cuyo caudal no sufre aumento ni disminución. Dentro del árbol hay varios enjambres de abejas que allí labran sus panales. Cuando por estas señas encontrares el árbol donde tiene su origen la fuente, lo cortarás, construyendo en aquel sitio

(1) El abad D. Domingo Castroviejo da al árbol el nombre de encina, *quercum reperies*. Traducimos *roble*, ya por respeto a la constante tradición oral y escrita, ya porque el roble es de la especie de las encinas.

un altar bajo la advocación de la Virgen María, haciendo también de la madera del mismo árbol una imagen de Nuestro Señor Crucificado para que los fieles, doliéndose de sus pecados y condo-liéndose de la Pasión de Cristo, la miren y esto les aproveche para la vida eterna.

»Tiene el árbol una concavidad y en ella, sobre un enjambre de abejas y un panal, hallarás una imagen de la Virgen María que con rostro gozoso parece como que acaricia al Hijo que tiene sobre sus rodillas. No permite la divina piedad que esté oculta por más tiempo dicha devotísima imagen, antes bien es su voluntad que sea conocida y venerada para provecho espiritual de los fieles; así como también las muchas reliquias de santos que en otros tiempos fueron igualmente allí escondidas. No te quepa la menor duda de todo esto. Este árbol que sobresale entre todos es emblema del Salvador, que en grandeza y potestad excede infinitamente a todo cuanto existe en cielos y tierra; sepas también que la fuente perenne e inagotable es simbolo de la Virgen María, que con el inagotable don de su liberalidad nunca deja de saciar la sed de sus sedientos siervos con las dulcísimas aguas de sus continuas gracias.

Procurarás construir en aquel sitio un oratorio que, pasado poco tiempo, se convertirá en monasterio de varones, los cuales no cesarán de rogar por la tranquilidad de los vivos y el descanso de los difuntos. Ten muy en cuenta el no diferir la ejecución de lo que se te manda, no sea que te suceda algún grande mal. Será aquél un lugar donde todos los fieles que a él vayan como pere-

grinos hallarán perdón y remisión de todos sus pecados, y los que allí recibieren sepultura tendrán seguro y tranquilo descanso. Grande es el trabajo que te espera; sin embargo, llegarás, con el auxilio divino, al fin deseado, y para que no desfallezcas en el trabajo, tomarás, mientras en él estuvieres, para alimento de tu cuerpo de la miel que allí encontrarás en sus panales.»

Cuando el ángel acabó de decir esto, el santo varón Nuño, que al principio estaba algo atemorizado, se halló gozosísimo y dispuesto a poner inmediatamente en ejecución el mandato del cielo. Al efecto, dejó la cueva de Trómbalos, llevando sólo su báculo o gayata, y en previsión de que luego la flaqueza corporal por falta de alimento no fuese obstáculo en el debido cumplimiento de lo que el Señor le ordenaba, *llevó también consigo las pocas provisiones que tenía*. Al salir de la cueva se hincó de rodillas, y para que el Altísimo dirigiera sus pasos por la senda de la paz y de la prosperidad, dijo humildemente esta oración *de caminantes*: «Señor Dios Omnipotente, criador del cielo y de la tierra, que libraste a Daniel del lago de los leones y a Susana del falso crimen, escucha la plegaria que a Ti dirige este miserable e indigno pecador, y librame de las asechanzas de Satanás, para que en manera alguna impida mi marcha, ni perturbe en lo más mínimo la obra que con vuestro favor me dispongo a comenzar y llevar a cabo; antes bien, dignate enviar de los cielos a tu santo Ángel para que me guarde, dirija y defienda, y me conduzca felizmente al fin deseado. Ten a bien concedérmelo, ¡oh Señor!, que vives y te glorias Dios Uno

en Trinidad perfecta por los siglos de los siglos. Amén.»

Acabada la oración, volvió a santiguarse devotamente, tomó la cayada y echó a andar animoso y confiando en la piedad de Jesucristo que llevaría a feliz término la obra a que daba principio.

Guiado por el Altísimo llegó, no sin mucho trabajo, hasta un valle profundo que está cerca de Valvanera. Levantando los ojos, vió a lo lejos un árbol que se destacaba, sobrepujando notabilísimamente en altura a todos los demás. Persuadido el varón de Dios de que aquél era el árbol indicado por el ángel, lleno de gozo, dió gracias al Señor por haber consolado a su siervo con tanta dicha y felicidad. Mas no aparecía camino alguno para poder llegar adonde estaba el árbol; antes bien, se veía todo aquel terreno tan exuberante de malezas y de todo género de negras espesuras, que al más valiente infundía terror, no sólo el ponerse a abrir paso, sino aun el estar allí un momento.

A pesar de todo, protegido Nuño por la divina gracia y haciendo uso de un instrumento o herramienta de hierro que para esto llevaba consigo, comenzó a desbrozar arbustos y espinares aclarando algo la espesura, y abriendo como pudo una estrecha senda, hasta que llegó, después de muchos esfuerzos, a una roca o peñón alto y áspero, donde había una cavidad. Allí construyó un pequeño oratorio dedicado a la Santa Cruz, e instalado en aquel sitio iba practicando camino poco a poco para poder llegar adonde estaba el misterioso árbol.

Estando en tal faena y hecha su mansión en el hueco de la peña, sucedió que su compañero, el cual había salido de Trómbalos en busca de alimentos, volvió allá, y no encontrando a Nuño tuvo un gran sentimiento. Comenzó a buscarlo con presteza por los lugares circunvecinos, y como no le hallase ni nadie le diese razón de él, pensó que Nuño no habría ido a sitio populoso sino más bien a la soledad para dedicarse mejor al divino servicio. Entonces Domingo, como obedeciendo a inspiración del cielo, tomó también la cuenca del río, dirigiéndose a las partes altas y montañosas, deseando ardientemente ver con sus ojos a Nuño vivo, o siquiera muerto, para unirse otra vez con él si estaba vivo o darle eclesiástica sepultura y hacerle los debidos sufragios, conforme a la santa liturgia de la Iglesia, si había fallecido.

En esto dispuso la Divina Providencia que Domingo viese la senda abierta por Nuño Oñe, y tomándola marchó con no poco trabajo, hasta que en la roca dicha encontró al que buscaba. Cuando ambos se vieron fué imponderable su gozo y entraron en el oratorio para dar gracias al Creador por el gran consuelo que les concedía de volver a verse.

Terminada la oración dirigióse Domingo a Nuño y en tono suplicante le dijo: «Por la fe que recibiste de Dios, por la salvación de tu alma que tanto anhelas y por la amistad íntima que contigo he tenido y deseo tener en adelante, te ruego que con toda verdad digas a este tu indigno servidor y compañero cuál fué el motivo de dejar la mansión de la primera roca y trasladarte a esta

asperísima soledad y lugar espantoso; dime sin dilación si fué por divino beneplácito o te determinaste a hacerlo por ligereza.»

«¡Oh virtuosísimo compañero predilecto en Cristo, respondió Nuño, si deseas saber lo que me ruegas que te diga, escucha y atiende cuidadosamente a lo que voy a decirte: grábalo en tu memoria y en lo más hondo de tu corazón, y te suplico que no lo descubras a nadie, porque se trata de un secreto no humano, sino enteramente divino.

Sabe, pues, que cuando tú saliste de nuestra mansión primitiva en busca de alimentos, no obstante ser yo un grande, pobre y miserable pecador, sin mérito alguno, vi al ángel del Señor, que me consoló, y mandó que viniera aquí, asegurándome que había en este sitio un grande roble, más alto que todos los demás árboles de esta selva, y que al pie del árbol manaba una fuente de perennes y cristalinas aguas: que cuando encontrase el árbol, en el cual había muchos enjambres de abejas y panales de miel, lo cortase, y me prometió que en una gran concavidad del mismo árbol hallaría una imagen de la gloriosa Virgen María con la de su unigénito Hijo, y muchas reliquias de santos. Y añadió que cuando realmente fuesen encontradas todas estas cosas, hiciera en seguida sobre el sitio ocupado por el cortado roble un altar y un oratorio, y tuviese la firmísima creencia de que el oratorio se convertiría en Monasterio de varones que día y noche servirían sin cesar al Altísimo rogando por la salvación y descanso de las almas de los fieles.»

Luego que esto y otras cosas me hubo dicho el ángel, emprendí alegre y gozoso la marcha, llegando, con el favor de Dios, a este sitio. Y cree, sin ningún género de duda, que ya he visto con mis ojos el árbol prometido; y aunque no dista mucho de aquí, es tan terrible la espesura de malezas y arbustos, que no puede hacerse sin gran trabajo camino para llegar a él. Ya comencé yo a abrir senda, pero es todavía mucho lo que hay que hacer para lograr el deseado fin».

Habiendo oído el venerable sacerdote Domingo cuanto Nuño acababa de decir, sin poder contener la alegría, se expresó de este modo: «Santo varón, elegido del Señor, conozco y confieso que tu obra es de Dios y que en cuanto tratas de hacer te ilustra la gracia del Altísimo; Dios te ha enviado aquí para excitar la devoción y facilitar la salvación de muchas almas cristianas. Por lo tanto, me tienes a tus órdenes para ayudarte en la apertura del camino; y aunque ahora bien se ve que los dos estamos fatigados, tú del trabajo y yo del viaje, después de un breve descanso, con el auxilio divino y nuestra continuada labor, conseguiremos el apetecido resultado.»

Después de expresarse uno y otro de tan devota y edificante manera, tomada una corta refección, prosiguieron con incesante brío la comenzada obra, en la que se ocupaban día y noche, soporRANDO gustosos el hambre y la sed, el frío y el calor. Tanto reforzaron el trabajo, que, gracias a Dios, llegaron luego adonde estaba la fuente, y muy alegres emplearon todas sus fuerzas en cortar el árbol. Ya cortado y derribado, encon-

traron multitud de abejas y algunos panales, de cuya miel tomaban a veces para alimentarse. Por fin, en un hueco del árbol vieron la imagen de la Virgen con su gloriosísimo Hijo, y tomada reverentemente junto con varias reliquias de santos, buscaron un lugar a propósito donde colocar el precioso hallazgo. Andando el tiempo, hicieron con madera del dicho árbol una efigie de Cristo crucificado con las imágenes que suelen ponerse al pie de la Cruz. Luego construyeron poco a poco el pequeño oratorio.

Venida de la hermana.

Mientras ambos perseveraban en el trabajo, sucedió un caso dispuesto por la divina misericordia. Una mujer llamada Coloma, hermana carnal de Nuño, deseando ver a su hermano, andaba buscándolo hacia tiempo por aldeas y villas, y no pudiendo hallarlo en poblado, se dirigió a los campos, y acertó a tomar la senda misma que Nuño había abierto para ir a Valvanera. Guiada, sin duda, por el Señor, llegó hasta cerca del sitio donde Nuño tenía su morada bajo la roca. Mas queriendo proseguir, se quedó súbitamente ciega, de modo que ni podía avanzar ni retroceder, ni se resolvía a continuar de pie ni a sentarse; en fin, quedó enteramente perpleja, sin saber qué hacer. En tan aflictiva situación, sin esperar auxilio humano en aquel desierto, comenzó a invocar desoladísima la piedad divina, y llorando amargamente prorrumpió en estas palabras:

«Soy la más desgraciada de las mujeres en esta vida. Dejé mi hacienda y el solar de mis hijos, y

tratando de hallar a mi dulcísimo hermano, he caído en esta sima de obscuridad y miseria, ¿Qué puedo esperar, desdichada mujer, en esta soledad, donde ya no podré gozar de la compañía de nadie ni salir de aquí? Se me comerá algún lobo o clavará en mi sus uñas algún oso, y no hay remedio para mí, ni siquiera el hueco de una peña donde me cobije hasta que mi Redentor tenga a bien que yo muera. ¡Socórreme —gritaba—, socórreme, oh Virgen María; rogad a vuestro gloriosísimo Hijo que, pues se dignó morir por mí, no deje perecer mi alma ahora que estoy en trance de muerte!»

Cuando la ciega decía a grandes voces estas y otras cosas, el sacerdote Domingo oyó desde el albergue de la roca aquellos clamores; pero no sabía qué significaban. Pensó si serían voces de persona extraviada, o tal vez asechanza del enemigo para engañarle o atemorizarle. Mas confiado en la misericordia de Jesucristo, hizo la señal de la cruz y se acercó al sitio donde la pobre mujer exhalaba sus ayes, y acercándose a ella le dijo: «Por las entrañas de misericordia de Nuestro Señor Jesucristo te conjuro me digas si eres persona humana o el enemigo arrojado desde el cielo a los abismos.» Y la afligida mujer respondió: «Si vienes de parte de Dios aproxímate, y te referiré lo que me ha sucedido y la pena que me acongoja.»

Acercóse Domingo en la tranquila certidumbre de que era una persona humana y no el ángel malo, y la mujer se expresó de esta manera: «Si eres, ¡oh varón!, venido de Dios, te ruego por Aquel que redimió al mundo, que, si conoces el

terreno, dirijas mis pasos y me saques de este espantoso y terrible desierto. Soy una infortunada mujer, natural de Montenegro, y mi ceguera no es de nacimiento, sino que ahora repentinamente he perdido la vista. Me llamo Coloma, soy hermana única de Nuño de Oñez, y deseando ver a mi hermano he llegado después de muchos trabajos, ¡ay de mí!, a estas soledades. Ahora ya no veré más a mi hermano ni él a su hermana. Ayúdame si puedes, y si no, déjame morir.»

Con admiración y lástima oyó esto Domingo, y le dijo: «Mucho me alegro de que seas hermana de Nuño, porque él es mi señor y compañero, y cerca tenemos nuestra pobre mansión; ven conmigo y te enseñaré al que deseas ver.» Ella respondió: «no te veo a ti ni puedo dar un paso, ¿pues cómo he de ver, si estoy ciega?, ni podré tampoco ver con mis ojos al que tantos trabajos me cuesta.»

Apiadado el buen sacerdote de la pobre ciega, le dió la mano sirviéndole de lazarillo. Acercáronse a la habitación de la roca, que estaba poco distante. Nuño hallábase entonces muy lejos de pensar en aquello, y quedó sorprendido al ver a su hermana, a la que dijo: «Bienvenida seas, Coloma, mi amadísima y única hermana; pero... ¿qué es esto? ¿qué te ha movido a venir hasta aquí, ni cómo has podido dar con la senda que derechamente conduce a este sitio? Sácame cuanto antes de estas incertidumbres.»

Conoció Coloma por la voz a su hermano, y como aliviada del dolor de los ojos y olvidada de la pasada angustia y de todas las penas por la alegría de oír hablar a su hermano, le dijo: Queri-

disimo hermano mío, el grande amor que te tengo me obligó a buscarte hasta por esta soledad del desierto. Llevaba ya siete días buscándote por los pueblos convecinos sin poder hallarte, cuando di con la estrecha senda que aquí conduce. Ya estaba cerca de este sitio, y al ver una roca me quedé ciega de repente. Ahora que te veo, aunque no con los ojos del cuerpo, y por el hablar y la voz conozco que eres mi hermano, ya descanso, porque hallé á quien buscaba; hazme el favor de llevarme a casa, y si pudiese recuperar la vista, quedaré contentísima, y si no, en mi casa pasaré con gemidos y dolores lo que me resta de vida.»

Traspasado de pena y compasión se sintió Nuño al oirla, y la dijo: «Hermana mía Coloma, mucho me entristece lo que acabas de referirme, tanto más cuanto que la desgracia te ha sucedido por buscarme a mí. Pero pensemos en que el Señor envía algunas veces el sufrimiento corporal para evitarnos males mayores, a fin de que se salve nuestra alma. Se ve por lo acaecido que no quiere Dios vengan ahora mujeres a este santo retiro, y castigará a las transgresoras con la muerte u otras penas. Tú no te aflijas ya, antes bien, consuélate en Cristo, porque quien permitió que cegases tiene poder para volverte la vista. Entremos, pues, en el oratorio para postrarnos humildes ante el Altísimo, y luego tomaremos algo para reparar las fuerzas.»

Entraron los dos en el oratorio a pedir al Señor lo que más les conviniese, y acabada la oración, y yendo a salir, quiso la divina misericordia que Coloma recobrase la vista quedando perfecta-

mente sana. Al ver ya la cara de su hermano se lanzó a él, y se abrazaron con sumo gozo.

Luego comieron en compañía del sacerdote Domingo; mas al siguiente día, Coloma se sintió enferma, y al tercero dispuso de ella el Señor, según lo había predicho Nuño. Mucho afectó aquella muerte a Nuño y Domingo, los cuales devotamente enterraron en la ermita de la Santa Cruz el cadáver de Coloma, cuya alma llevarían, sin duda, los ángeles, colocándola convenientemente en la patria celestial.

Florejían en aquellos tiempos la devoción, la humildad y paciencia, reinando por todas partes la verdad y la justicia. Por eso no debe extrañarse que entonces cuando las gentes eran devotas, sencillas y creyentes, el Señor les revelase cosas divinas que en nuestra época nos oculta, porque somos indevotos, maliciosos y de poca fe. Así, pues, al divulgarse por los pueblos cercanos y aun remotos lo sucedido *con el hallazgo de la imagen de la Virgen* y llegar a ellos la fama de las virtudes y perfección de vida de Nuño y Domingo, como hierba que apenas nacida crece y viene enseguida a sazón de siega, así creció la fama, y atraídos por el suavísimo perfume de los dos solitarios, fueron otros muchos a *Valvanera*, deseosos de ver con sus ojos lo que había llegado a sus oídos.

Viendo que era muy cierto lo que habían oído y creyendo que todo aquello respondía, como así era, a divina disposición, dejaron muchos todo

cuanto poseían, y para conseguir más fácilmente la salvación de sus almas, se fueron a vivir al yermo.

Y como junto al oratorio no se habían construído aun celdas, ni tenían renta alguna, todos los que de una y otra parte venían, procuraban acomodarse por los montes, alimentándose de hierbas y algún poco de pan. Llegado el día de domingo dejaban sus tugurios y se reunían en el oratorio para asistir al oficio divino y recibir devotamente la sagrada comunión. Alimentados además con el sustento espiritual de la oración y predicación que oían de labios del sacerdote Domingo, se volvían a sus chozas, viviendo allí recogidos hasta que pasada la semana y llegado el domingo volvían a reunirse en el oratorio.

Tratan de construir iglesia.

Pasaron algún tiempo aquellos virtuosísimos solitarios haciendo vida tan austera, manteniéndose de hierbas y frutas de las hayas y encinas, y raras veces con un poco de pan. En uno de los domingos, acabada la oración y los divinos oficios, dirigió el santo sacerdote Domingo la palabra a sus compañeros de vida anacorética, y les dijo: «Amadísimos Hermanos, temerosos de Dios, páreceme conveniente, y desde luego provechoso para vuestras almas que hagamos de nuestro pequeño oratorio una iglesia de mayores dimensiones: arrancando zarzales, bardas y tantas malezas como obstruyen el sitio, edifiquemos, con la gracia del Señor, una iglesia dedicada a la Virgen María: así se verá que es nuestra obra exclusivamente piadosa. El que se sienta con más fuer-

zas que trabaje vigorosamente, sin que se apenen los débiles, aunque sea menor su trabajo. Así obtendréis indulgencia por vuestros pecados; sin embargo, esto no es un mandato, sino un consejo. Si os place lo dicho, ruégoos que pongáis manos a la obra.»

Entonces uno de los Hermanos, por nombre Pedro, de probada vida y costumbres, más antiguo y aventajado con relación a los demás, respondió: «Santo Padre Domingo, palabras de cielo son las que han salido de tus labios, mas, si lo llevas a bien, propongo que tratemos nosotros el asunto, y te diremos con toda claridad lo que el Señor nos diere a entender.»

Con el asentimiento y beneplácito del sacerdote Domingo, tuvieron todos su Capítulo, y convinieron en que la moción de Domingo era santa, si bien algunos, no tanto por oponerse cuanto porque la obra resultase mejor, se expresaron así: «Atended, Padres y Hermanos, lo que exponemos a vuestra consideración, y es que no basta comenzar la obra; hay que llevarla a su debido fin; pues si empezamos y por falta de recursos no podemos continuarla, se mofarán de nosotros los que lo sepan; meditemos antes el orden y los medios para llegar a su terminación.»

Uno de los Hermanos, hombre de piadosa conversación y vida aprovechada *en virtudes*, respondió a la dificultad propuesta, diciendo: «Si os parece, no sea obstáculo a la indicación del santo presbítero el reparo que se le opone. Somos aquí ciento seis ermitaños; pues bien, tratemos con nuestros parientes y amigos de que nos proporcionen a cada uno una caballería para llevar

las cargas. Traeremos piedra de las alturas, haremos tala de zarzas, abrojos y árboles para despejar el terreno, y así construiremos la iglesia con buenos cimientos, hasta dar, con la ayuda del Señor, cima a la obra.»

En esto convinieron todos por unanimidad, y dando al santo presbítero la respuesta definitiva, le dijeron: «Santo varón, aceptamos gozosos las palabras que nos dirigiste respecto de construir la iglesia; por consiguiente, manda lo que quieres que hagamos, y comenzaremos en seguida.» Cuando Domingo oyó tan grata respuesta, les dijo: «Os felicito, Hermanos carísimos, porque ponéis al servicio del culto divino vuestras inteligencias y vuestros brazos con tanto gusto y espontaneidad. Sea esto para remisión de todos vuestros pecados.»

Firmes en el acuerdo, marcharon todos a los pueblos vecinos en busca de caballerías para el acarreo de materiales, y de picos y barras para el corte de piedras y allanamiento del terreno. Cuando todo lo tuvieron, regresaron adonde estaba Domingo, *e invocado el nombre de Cristo*, comenzaron a ejecutar con decisión la proyectada obra. Unos echaban abajo árboles y malezas, otros con azadones y rastrillos cavaban y allanaban la tierra, y algunos más entendidos labraban las piedras. Así, con el auxilio divino, fué desapareciendo la espesura de malezas y árboles, y cedió la aspereza y desigualdad del terreno, hasta ofrecer una grata planicie a propósito para edificar la iglesia. Echaron con maestría los cimientos e iban levantando paredes, después de canalizar la fuente perenne que brotaba al

pie del altar, donde antes estuvo el árbol misterioso, obligando al agua a salir por el sitio en que ahora incesantemente mana pura y cristalina. Así lograron que no estorbase a los trabajadores, ni perjudicase a la obra.

Huye Nuño a la cueva de «Alambre».

Cuando los venerandos Hermanos, venciendo no pocas dificultades, iban trabajando en la fábrica del templo, y procurando llevar la obra a su fin, el santo varón Nuño, que había sido la causa y el iniciador de tanto bien, deseando consagrarse a vida aún más estrecha, y teniendo en consideración que estaba ya, por su parte, cumplido el mandato que el ángel, o, mejor dicho, Dios, le impusiera, y que se había reunido allí bastante número de buenos Hermanos, que, procurando servir a Cristo, anhelaban concluir la obra empezada, se entregó a vida completamente solitaria, y subiendo por el cauce del río, junto a él y a mano izquierda encontró una cueva, que le pareció a propósito. La llamaron después cueva del alambre, porque allí cerca había minas de cobre, aunque sin explotar.

Halló en la cueva una astuta (1) serpiente o espantosa culebra que, por disposición divina, cedió el sitio al santo varón, y éste, para evitar que la culebra al verse sin guarida pudiera hacer daño a hombres o bestias, rogó al Señor que muriese, y súbitamente murió. Cuentan que por espacio de tres años estuvo allí Nuño, sin más abri-

(1) Véase la nota de la página 87.

gos que pobres harapos, sufriendo hambres y fríos, celestialmente alimentado con la gracia de Dios y frutos silvestres. Allí vivió gozoso para lograr descanso en la patria del cielo.

De cómo fué hallado el cadáver de Nuño en la cueva.

Pues como ninguno de los Hermanos hubiese podido dar con el sitio adonde Nuño se había ocultado, por más que diligentemente le buscaron, sucedió que algunos de los que moraban en chozas no muy distantes de la cueva, vieron una noche que al otro lado del río brillaba una gran luz, como formada por muchas candelas, sin explicarse entonces lo que aquello significaba. Después supieron que en aquella hora entregaba Nuño su espíritu en manos del ángel.

Cuatro días llevaba ya el cadáver en la cueva, sin que lo supieran los Hermanos, mas el ángel reveló al presbítero Domingo que había muerto el santo varón. Díjole que buscase el cadáver, pasando el río y subiendo por él un trecho a mano izquierda, y que bajo una roca hallaría el cuerpo exánime; que lo recogiese para darle honorífica sepultura, conforme al rito de la Iglesia.

Oída la revelación, y deseando el varón santo cumplir lo que el ángel le mandaba y ver con sus ojos a su muy amado compañero, aunque ya cadáver, pasó el río y halló el cuerpo de Nuño. Al verle, prorrumpió en amargo llanto, conociendo con claridad que de la muerte de tan santo varón resultaría grave daño a los Hermanos, ya que su presencia era a todas luces útil, y sería

déspués muy necesaria, si el Señor en sus ocultos juicios no proveía de remedio (1).

Hondamente dolorido, exclamó: ¡Ah, santo hermano Nuño! Siento tu muerte, no por ti, que ya gozarás de Dios, sino por mí y por los demás, a quienes no tan instruidos como conviene, ni tan bien formados en la virtud, dejas como corderos entre feroces lobos. La muerte, que a nadie perdona, te arrebató, ni yo la increparía si con permiso del Señor me hubiese llevado a mí juntamente contigo; mas como yo no quiero sino hacer la voluntad de Dios, soportaré la vida, pero te ruego que estando, como ya estarás, en el cielo, intercedas alguna vez por este tu indigno socio.

Una noche entera pasó el honorable Domingo en la cueva llorando y orando. Cuando alboreó el día sacó trabajosamente y como pudo el cadáver fuera de la cueva y, grandemente dolorido, exhalaba hondos ayes. En fin, confiado en que el Señor le ayudaría para llevar al monasterio el cuerpo del varón santísimo, le cargó sobre sus hombros y espalda, tomando el camino del monasterio. Pasado el río y antes de comenzar la subida, sonaron todas las campanas grandes y pequeñas del santuario, y al oírlas quedaron los Hermanos sorprendidos de cómo, aunque nadie las tocaba, salían de las campanas tan fúnebres sonidos.

El buen Domingo, una vez que pasó el río, como estaba fatigado por el trabajo y el peso del

(1) Parece que ese último punto correspondía mejor al momento en que se supo la desaparición de Nuño para ocultarse en la cueva.

cadáver, descansó un poco. Volvió luego á cargarlo y lo llevó hasta cerca del monasterio, dejándolo allí cubierto con su manteo. Encontró al Prefecto de la Congregación, pues entonces aun no tenían Abad, si bien llevaban hábito religioso, y tenían oratorio con cementerio. Llamados los Hermanos, dijo el sacerdote Domingo: «Virtuosísimo Padre y demás Hermanos muy amados, les hago presente que el santo varón Nuño Oñez, conforme a lo dispuesto por Dios, murió en la cueva de «Alambre», y encontrado por mí, pecador e indigno, he traído, con la ayuda del Señor, el cuerpo, y lo he dejado cerca de aquí cubierto con mi manteo. Se os ofrece un don precioso: os concede el cielo la inestimable gracia de que toquéis con vuestras manos el cuerpo santísimo de nuestro Padre y patrono, a quien se creía perdido, y ha sido encontrado hoy. De cuán santa fué su austerísima vida dan testimonio indubitable las campanas que han sonado funeralmente sin que nadie las tocase. Fué Nuño el primer morador de este horrible desierto, y el fundador y constructor de la pequeña iglesia: sea, pues, recibido su cadáver por todos honoríficamente y désele sepultura eclesiástica.»

El Padre o Prefecto, oyendo lo que tan admirablemente les había dicho Domingo, exhalaba suspiros, y conmovido el corazón de todos prorrumpieron en llanto sobre el cadáver, su predilecto Hermano, y dijeron al sacerdote: «De la invención o hallazgo de este cuerpo, según a ti fué revelado, damos testimonio; mas de su santísima vida y del milagro de las campanas certificamos, no sólo porque tú lo dices, sino porque nosotros

mismos lo hemos visto, y sabemos por experiencia que es cierto. Por consiguiente, debemos hacer sin demora lo que de nosotros exigen tu ruego y la piedad.»

En seguida mandó el Padre a los Hermanos que se revitiesen, y ordenada una solemne procesión de treinta religiosos, llevaron con toda reverencia el cuerpo santo al monasterio, donde esperaban los demás de la comunidad. Cantando solemne y devotamente el Oficio, se llevó el cadáver a la basilica de la Santa Cruz, que está cerca del monasterio, y allí fué sepultado conforme al deseo que mucho antes expresara el santo Nuño.

Deduzcamos de todo esto que nadie, por muy oprimido que se halle de multitud y gravísimos pecados, debe desesperar, pues Nuño, tan entregado a crueldades y vicios, fué convertido por la divina gracia, cual otro San Pablo, de perseguidor y facineroso en varón devoto, y hecho de lobo devorador un manso cordero. Si hiciéremos penitencia, como él la hizo, del mismo modo que Nuño goza de celestial descanso, gozaremos también nosotros juntamente con él.

De la muerte del presbítero Domingo.

Aún sobrevivió algún tiempo a Nuño el excelente y devoto Domingo, hasta que fué del agrado del Altísimo que, después de muchos y asiduos trabajos, muriese, descansando su alma en el reposo de la paz, y enterrado honoríficamente su cuerpo en el cementerio de los religiosos.

Los cuales, hecho todo esto, vivían con mucha virtud, redoblando su diligencia para terminar

la obra de la comenzada iglesia. Para esto seguían cortando piedras y trayendo con caballerías las que eran a propósito para la edificación, bajándolas desde las cumbres de la sierra, y no cesando en su labor de día ni de noche. Por fin, con la gracia de Dios, construyeron el templo con su capilla mayor y dos laterales. La iglesia, así edificada bajo la invocación de Santa María (1).

volvieron a su casa con honor, donde, dando gracias al Altísimo, sirvieron humildemente al Señor para adquirir la vida eterna.

Después de la muerte del Rey D. García reinaron su hijo Sancho en Navarra y su hermano Fernando en León. Corría entonces el año de la Encarnación 1061.

Disminuye el número de Hermanos.

Llegaron a ser los monjes hasta 103, sin contar al antedicho abad Sancho, varón esclarecido en virtud y gracia. Fuera de las limosnas de los fieles, no contaba la casa con otras rentas que las de la granja de Villanueva, donación del piísimo D. García V. Apenas podían vivir, porque cuando tenían pan les faltaba a veces el vino, y si éste abundaba escaseaba aquél.

De la falta de alimentos.

Lo mismo sucede ahora (siglo XIII) a los que allí viven, por más que las rentas son algo mayores.

(1) Ahí faltan en la historia las tres hojas de que hemos hablado, y después continúa con las palabras *volvieron*, etc.

No es extraño, pues todo cuanto han de comer y beber, a excepción del agua, y todas las provisiones para la casa y lo necesario para el culto, hay que llevarlo a lomo de caballerías en inviernos muy largos, por las alturas de montes cubiertos de nieve, por ásperos caminos y entre hielos y escarchas. Sólo Dios sabe lo que por El sufren allí los monjes en falta de alimentos y sobras de trabajos. Todo lo soportan, con la esperanza de que, pasadas las molestias de esta vida, recibirán gozosa retribución y gloria sempiterna.

Del santo abad Iñigo.

Andando los años hubo en el dicho monasterio un abad muy santo, llamado Iñigo, el cual, para ver los rebaños (que ya esta casa comenzaba a tenerlos), salió con varios de los monjes, y encontrando el ganado en un sitio que hoy llaman San Juan de Salguero, se alegró al ver que todo se hallaba en próspero estado.

Se hacía ya tarde, y el Abad pidió la comida para sí y los compañeros, mas como estaban tan distantes de poblado, sólo pudieron haber los pastores leche de ovejas y negruzco pan de centeno (1). Algo se disgustó el santo, no por él, sino por sus monjes, a quienes hubiera querido dar mejor comida. Les pidió perdón, y rogábales que tomasen de aquel alimento y diesen incesantes gracias a Dios. Compadeciéndose del Abad, le dijeron los religiosos: «Devotísimo Padre, no te aflijas por

(1) En la historia latina se lee *sigali*, en vez *secale*, que significa centeno.

nosotros; antes bien, nosotros debemos afligirnos por ti: sabemos tus buenos deseos, pero ya que no es posible hallar aquí otra cosa, no hay por qué te entristezcas.»

Al oír esto, se deshacía el santo varón en lágrimas; pero entonces se dignó el Altísimo hacer un gran milagro, pues apenas habían acabado de hablar los monjes cuando se presentó volando sobre sus cabezas un águila que llevaba en las uñas un pez grande y, como colocándose en medio de ellos, lo dejó caer ante el lloroso Abad, el cual, considerando que esto era obra de Dios, mandó poner el pez sobre las brasas y que lo comieran los monjes, probándolo también él mismo.

Al poco rato se sintió repentinamente enfermo el Abad; mas desde aquel momento, hasta el día de su muerte, estuvo muy tranquilo.

Sucedió otra cosa admirable. Había en una charca próxima gran número de ranas, que con sus clamores molestaban no poco al enfermo, de lo que éste se quejaba. De pronto murieron todas las ranas, lo que atestiguaron los monjes y cuantos allí había. Esto, que no tenía visos de venganza de parte del Abad, quiso hacerlo el Señor para que se viera claramente la santidad de su siervo.

Cuatro días llevaba ya enfermo, y al amanecer del quinto quiso el Señor que muriese. Amargamente lloraron los monjes y todos, la muerte del santo varón, que tanto había trabajado por el aumento de los intereses de la Casa y el esplendor del culto divino.

Era entonces verano, y temiendo que el hedor impidiese llevar íntegro el cadáver al monasterio, extrajeron con gran reverencia las entrañas

y las enterraron en aquel desierto. Para que más evidente apareciese la santidad del difunto, sucedía con frecuencia que los bueyes, ovejas u otros animales que pisaban sobre el punto donde estaban sepultadas las reliquias, morían de repente. Luego en aquel sitio se construyó una pequeña ermita bajo la advocación de San Juan Bautista, y después se fundó allí el pueblo de Salguero, donde el Señor obró grandes maravillas por los méritos de su siervo, cuya santidad es allí venerada con mucha devoción.

El cuerpo del santo fue colocado la primera noche en (1)..., y llevado al día siguiente al monasterio, donde, recibido solemnemente y con gran reverencia, cual merecía, fue enterrado en el claustro del monasterio alto; y como con el transcurso del tiempo no se recordara ya el punto en que yacía, descubrióse portentosamente, pues los animales que pasaban por encima del sepulcro, morían de repente. Descubierta así el sepulcro, es ya venerado con gran devoción, pues allí descansa el santo, por cuyas virtudes y méritos, nosotros, que aún vivimos y hemos quedado en la tierra, que profesamos la fe católica y estamos redimidos con la sangre del Hijo de Dios, merezcamos obtener en el cielo la vida eterna.

Esta historia, escrita en lengua vulgar y materna, fué compuesta en tiempo de Juan Sánchez, laudabilísimo Abad de dicho monasterio, ocupando en el Catálogo el número diez y ocho. Año del Señor mil doscientos ochenta y dos.

(1) *In serra yenna*, dice la historia latina; no sabemos si es latín, ni lo que significa.

Del año en que fué traducida.

Después el año del Señor mil cuatrocientos diez y nueve, muerto el Abad Sancho (de Orduña), persona muy virtuosa, y que ocupó en el Catálogo el número veinte y cuatro, fué elevado a la Abadía Domingo de Castroviejo, monje del monasterio de Santa Maria de Nájera, humilde Bachiller en Decretos, que por espacio de más de diez años desempeñó el cargo de Vicario General del Reverendísimo Padre D. Diego de Zúñiga, Obispo entonces de Calahorra y La Calzada.

El antedicho Abad, teniendo en cuenta que la referida historia compuesta en verso y en lengua vulgar, no satisfacía a la gente de letras, la tradujo y dictó de la lengua vulgar a la latina como Dios le dió a entender.

Ruego a los que la lean y vean que tengan a bien fijarse no sólo en lo que materialmente dice la letra, sino también deducir el sentido por el sentido, para que penetrando así en la mente, sean devotísimos de esta Casa y santa imagen, que es piadosa medicina para los enfermos, consuelo para los tristes, y anhelado remedio para todos los que en ella ponen su confianza.

ABADES

Veinticuatro fueron los Abades que gobernaron esta Casa:

El 1.º fué Sancho, notoriamente probo.

El 2.º Domingo, educado en la misma Casa.

El 3.º Munio, esclarecido en devoción.

El 4.º Nuño, administrador óptimo.

El 5.º Alvaro, muy laborioso en provecho de la Casa.

El 6.º Iñigo, dotado de gran santidad.

El 7.º Lope, de noble alcurnia.

El 8.º Juan, adornado de buenas costumbres.

El 9.º Belasco, Padre justamente venerando.

El 10.º Domingo de Mansilla, de notable probidad.

El 11.º Gómez, varón doctísimo y agradable.

El 12.º Domingo de Castroviejo, muy útil para la Casa, y de alegre aspecto.

El 13.º Mamés de Alarcón, hermoso en facciones y en obras.

El 14.º Pedro de Nájera, de gran mansedumbre y benignidad.

El 15.º Juan de Terrero, bajo cuyo régimen tuvieron los intereses de la Casa grandes aumentos.

El 16.º Pedro de Yanguas, insigne en virtud y gracia.

El 17.º Nuño, nacido en estas tierras.

El 18.º Juan Sánchez, muy laborioso y amado de los monjes.

El 19.º Lupercio, de honesta vida y costumbres.

El 20.º Blas, de agudo ingenio y útil para la Casa.

El 21.º Pedro de Anguiano, que en el servicio de Dios pasó vida de trabajos.

El 22.º Martín, nacido en Salguero, y laborioso

El 23.º Rodrigo de Matute, de noble familia, pero más noble por sus obras, por cuyo ingenio y destreza se adquirió para el monasterio el lugar de Anguiano.

El 24.º Sancho de Orduña, generoso y que des-
empeñó bien su cargo antes de la senectud; pero
luego quedó inútil, y regíase el monasterio,
¡ojalá que provechosamente! por medio de susti-
tutos.

Después de tantos padres y señores cupo la
Abadía al que esto escribe, Domingo de Castro-
viejo, en el expresado año de 1419, y que ocupa
el número vigésimoquinto en el Catálogo.

Y aunque tan sin méritos y tan indigno que ni
aun merece que se llame Abad, sin embargo le
interesa mucho la prosperidad de la Casa, y si
bien es óbice el no estar acostumbrado a tratar
negocios temporales, confía en la divina miseri-
cordia que le ha de dar fuerzas en el cuerpo y
alientos en el alma para que lleve sus buenos
deseos a feliz término.

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
Capítulo preliminar	5
Cap. I. Montes Distercios.—La Cogolla y Valvanera.....	13
Cap. II. Historiadores de Valvanera.....	18
Cap. III. Quién fué el autor de la primitiva historia de Valvanera.....	23
Cap. IV. Cuándo se verificó el hallazgo de la Imagen de Valvanera.....	29
Cap. V. San Atanasio y Valvanera.....	36
Cap. VI. Abades de Valvanera.....	41
Cap. VII. Valor histórico y literario de la antigua Historia de Valvanera.....	49
Historia latina de Valvanera.....	
Traducción castellana de la Historia latina.....	57
	87

Correcciones

<u>LINEA</u>	<u>PÁGINA</u>	<u>DICE</u>	<u>LÉASE</u>
23	12	su su	su
44	12	1092	1082
46	7	<i>Eulesia</i>	<i>Ecclesia</i>
49	5	como	es
52	8	oda	toda
62	25	aretam	arctam
64	11	rudis	rupis



10000417659

Biblioteca de La Rioja

R

12677